

BOLSEROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

PLAN "ALAS DE ORO"

Lou Carrigan



SS

SERVICIO SECRETO



LOU CARRIGAN

PLAN
“ALAS DE ORO”

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.448

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 9.981 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: mayo, 1978

© Lou Carrigan - 1974

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Clem Farish, agente especial del FBI, destinado en la Delegación de Miami, estaba muy ocupado cuando sonó el teléfono de su apartamento.

Ocupadísimo.

Así que no hizo el menor caso, y continuó besando a la preciosa rubita que tenía en los brazos. Ella se movió, intentó separarse, pero Clem Farish era muy fuerte, mucho más que ella. Así que le bastó apretar un poco más los brazos que rodeaban la cintura femenina, y el beso continuó.

Lo cual no pareció disgustar en absoluto a la rubita que, evidentemente, prefirió olvidar el teléfono y corresponder de muy buena gana a la caricia del

G-man,

emitiendo un ahogado gemidito de felicidad.

Pero el teléfono es un artefacto diabólico, y siguió sonando, sonando, sonando...

Por fin, Clem apartó a la muchacha, y masculló:

—Solamente me das disgustos.

Ella se había quedado con los ojos cerrados y expresión estática, los abrió mucho, mostrando cuán bellos, grandes y azules eran, y protestó, dulcemente:

—¿Yo te doy disgustos?

—El teléfono —aclaró Clem—: me refería a ese odioso aparato, mi amor. O suena para que yo me entere de que me está esperando un trabajo especial, o suena para fastidiarme en los mejores momentos. ¡Lo odio!

—¿Y a mí? —rió ella.

—A ti también —sonrió Farish—. ¿Quieres que nos casemos, Rachel?

—¿Casamos? ¿Cómo puedes pedirle eso a una mujer a la que

odias?

—Es muy sencillo. Resulta que soy un tipo intratable, de muy malas pulgas, pésimo carácter... Si te casas conmigo, vas a pasar fastidiada el resto de tu vida. ¿Te imaginas un plan más feroz contra una persona a la que odiamos? ¡Fastidiarla durante el resto de su vida!

—Es terrible, sí —suspiró ella—. ¡Terrible! Eres todo un malvado, Clem.

—Eso. Bien, ¿qué contestas?

—Creo que, de momento —volvió a reír ella—, deberías ser tú quien contestase.

—¿Qué? ¿Es que me has pedido tú que me case contigo?

—Quiero decir que deberías contestar: el teléfono sigue sonando.

Clem Farish se quedó mirando los sonrosados, tiernos, frescos, deliciosos labios de Rachel Thilford, y dijo:

—Que siga sonando: para eso lo pago.

La volvió a besar, y durante unos pocos segundos, ella correspondió de nuevo, encantadísima. Pero al parecer, sus nervios no tenían el temple de los, de Clem, porque consiguió apartarse, abrió la boquita, miró hacia el aparato...

—Está bien, está bien —refunfuñó Clem—: enviaré al diablo a quien sea, y seguiremos con nuestra conferencia de amor.

La soltó por fin, fue al teléfono, y descolgó el auricular de un manotazo.

—¡Diga! —Gruñó.

—¿...?

—Claro que soy yo. ¿Qué desea?

—¿De veras? —exclamó Clem, cuya expresión de pronto, no pudo ser más alegre y feliz—. ¡Naturalmente que espero! ¿Con quién estoy hablando ahora? ¡Profe! ¿De verdad es usted?

—¿...?

—¡Oh, yo estoy estupendamente, gracias! ¡Sigo teniendo la misma salud de siempre, y todavía más músculos que cuando corría con la pelota por esos campos!

—Pues —Clem rió divertido—, mi coeficiente mental también sigue siendo bueno, profe, se lo aseguro. Si no fuese así, ya me habrían echado del FBI; temo que no admiten retrasados mentales.

Demonios, esto es una sorpresa muy agradable: hacía más de dos años que no nos poníamos en contacto, querido profe. ¿Qué tal, cómo está?

—Pues me alegro un horror, palabra. Si su salud... ¿Eh?

—¿Qué tiene que pedirme un favor? ¿Usted a mí? ¡Aunque sea la luna, profe! ¡Pídame lo que sea!

—¿...?

—Naturalmente que puedo. ¿Cuándo?

—¿Ahora mismo? Pues allá voy... Oh, sigue usted viviendo en ése estupendo chalé en Pompano Beach, supongo.

—Estoy ahí dentro de veinte minutos. Y le envío un abrazo por adelantado.

Colgó, sonriendo, y de pronto vio a Rachel Thilford, que le contemplaba atentamente, siempre con su dulce sonrisa. Se acercó a ella, la abrazó, y volvió a besarla. Luego, cuando ella hubo recuperado el aliento y estaba en condiciones de escucharle, dijo:

—De acuerdo, habíamos quedado en ir al cine, luego a cenar, y por último a tomar unas copas. Pero, mi amor... ¿no serías tan amable de disculparme?

—Claro que sí, Clem. ¿Es algo de tu trabajo?

—¡No! —rió él—. ¡Positivamente, no! Un momento... ¡Estoy seguro de que te encantará conocerlo!

—¿A quién?

—¡A mi profe! Bueno, a mi profesor querido de los buenos tiempos universitarios... El Gran Doug, como le llamábamos todos. Es el tipo más amable, honesto y cariñoso que he conocido en mi vida, Rachel... Y el más inteligente. Algo serio. En la universidad daba la clase de historia, pero mientras tanto, él seguía estudiando Ciencias Políticas...

—Debe ser un hombre importante, ¿no?

—¿Quién? ¿El profe? —Parpadeó Clem—. Pues no sé... Santo cielo, supongo que sí, porque él siempre miraba muy muy arriba. Lo último que supe de él, hace unos tres años, era que vivía en Miami, y que hacía frecuentes viajes a Washington. Estuve a verlo, charlamos de los buenos tiempos, se interesó mucho por mi trabajo en el FBI, me felicitó... Soy un tipo repugnante, Rachel.

—¿Por qué dices eso?

—Porque desde entonces no he vuelto a visitar a mi profe.

Bueno, supongo que la culpa la tiene el FBI que no me deja mucho tiempo libre...

—Ya me he dado cuenta de eso en el mes y pico que hace que nos conocemos —sonrió ella—. Y precisamente hoy que tenías la tarde libre, te llama tu profe.

—Sí... Bueno, me parece que no ha sido muy oportuno, el buen hombre. Si quieres le llamo y le digo que...

Rachel Thilford se puso sobre las puntas de los pies, y besó al G-man en los labios, dulcemente.

—No seas tonto —murmuró—. Estás deseando ir ahora mismo. Y en cuanto a mí, si me llevas, me parece bien. De todos modos estaré contigo...

—Me pregunto —susurró Clem—, qué clase de vida era la mía hasta hace un mes y pico, sin conocerte... ¿De verdad sólo hace poco más de un mes que nos conocemos?

—Un mes, doce días... —Rachel miró su relojito—, catorce minutos y algunos segundos.

—Caracoles —pareció aterrarse el G-man

—. ¡A eso le llamo yo puntualizar! ¿De verdad eres enfermera?

Rachel se sorprendió grandemente.

—Lo sabes muy bien... ¿Por qué preguntas eso?

—Porque quizá me estás engañando y eres la célula calculadora de un cerebro electrónico.

—Soy enfermera —rió ella—. Y lo sabes perfectamente, porque has venido a buscarme varias veces a la clínica. Por cierto, debo recordarte que también soy persona ocupada: mi turno comienza a las doce de esta noche.

—Como la Cenicienta. Bueno, parece que ninguno de los dos tenemos mucho tiempo para perder, ¿verdad? ¿Qué me contestas?

—Que sí.

—Ah... ¿Sabes a qué me refiero?

—Imagino que a tu pregunta respecto a si quiero que nos casemos... ¿no?

—Exacto. ¿Y contestas que sí?

—Oh, qué tonto eres... ¿Qué otra cosa podría contestar?

—Eso habría sido una tontería, amándote como te amo. ¿Y cómo

me amas tú?

—Te amo tanto que... ¡Eres un antipático! ¡Sabes muy bien cómo y cuánto te amo, Clem!

—Sí —sonrió él—, pero a todos nos gusta escuchar cosas dulces, mi amor.

La volvió a besar... hasta que ella pareció desfallecer. Entonces, la apartó, la besó en la barbilla, y se quedó mirándola, mientras ella tartamudeaba:

—Es... la última vez que vengo... a buscarte... a... a tu apartamento...

—¿Por qué?

—Porque eres... demasiado peligroso...

—Y eso que aún no te he demostrado...

—Clem... Clem, nos está... esperando tu... tu profe...

CAPÍTULO II

Clem detuvo el coche en la avenida, delante del chalé protegido por una vallita de madera pintada de blanco, entre la cual y la casa se veía un amplio jardín con palmeras y arbustos de flores. El sol, ya muy bajo, parecía teñir de color morado las palmas, y daba una tonalidad oscura el césped.

—Ahí tienes... ¿Verdad que es una casita estupenda?

—Es muy bonita. Me gustaría vivir en un sitio así, Clem.

—¿Y a quién no? Sólo que para poder comprarla tendremos que esperar un poco, Rachel: en el FBI hay pocos millonarios.

—Esperaremos.

—Esperaremos, ¿qué? ¿A casamos cuando podamos comprar una casa como ésta? —Respingó el G-man.

Rachel se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Clem —dijo seriamente—: supongo que debes ser un hombre muy valiente, ya que trabajas en el FBI, pero... me parece que no eres muy listo. En cuanto a mí, prefiero, por el momento, un apartamento pequeño, porque así nos iremos tropezando por él con más frecuencia que en una gran casa... Y a mí me encanta tropezar contigo.

—Te has ganado el beso más...

—Nos espera tu profe —rió ella.

Le besó en la barbilla, y salió rápidamente del coche, escapando del intento de abrazo de Clem, que salió sonriendo, rodeó el coche, y la tomó del brazo.

—Lo invitaremos a la boda, naturalmente.

—Pero no a la luna de miel —replicó ella.

Clem Farish se echó a reír... Y aún estaba riendo cuando apareció ante él un hombre alto, de hombros anchos, mirada penetrante, que parecía estudiarlos muy detenidamente a los dos. Al

mismo tiempo, Clem Farish se daba cuenta de que un poco más allá de donde él había estacionado el coche había otro, con dos hombres en el asiento delantero, mirando hacia ellos... Y cerca de la puerta del chalé, como cuidando las flores, había otro hombre más, que también les miraba, inmóvil.

—Perdón —dijo el hombre—. ¿Viene usted a visitar al señor Amberson?

—Sí, en efecto. Al profesor Douglas Amberson.

—¿Me permite su documentación, por favor?

—¿Qué ocurre?

—Nada en absoluto, señor. Pero le agradecería que fuese tan amable de mostrarme su documentación. La señorita también... por favor.

Farish sacó su estuche de piel con la tarjeta y la placa del FBI y la tendió al hombre, mientras Rachel, un poco aturdida, buscaba en su bolso el permiso de conducir... El hombre vio la tarjeta y la placa de Clem, y sus cejas se alzaron en un gesto de sorpresa. Ya no hizo el menor caso a Rachel.

—¿Me permite un minuto, señor Farish? —pidió.

—Sí, desde luego.

El hombre entró en el jardín, directo hacia el otro, el que parecía dedicado al cuidado de las flores junto al porche... Le entregó el estuche con la documentación de Farish, que fue estudiada someramente, mientras ambos hombres cambiaban unas palabras.

—Clem —susurró Rachel, con su documentación ya en la mano—, ¿qué pasa?

—No tengo ni idea.

—Quizá ha ocurrido algo, y estos hombres son de la policía.

—No... No son de la policía.

—¿Cómo puedes saberlo?

Farish encogió los hombros.

—No son de la policía. Al menos, no son de la policía a la que tú te refieres.

El hombre que les había pedido que se identificasen regresaba hacia ellos, pero no traía el estuche de piel de Farish. Señaló hacia el hombre del jardín.

—Pasen, por favor.

—Gracias.

El otro hombre acudió hacia ellos, y devolvió la placa al G-man, sonriendo amablemente, pero con una chispa de interés un tanto hostil en los ojos.

—Perdone la molestia, señor Farish —se disculpó—. Como usted comprenderá, no podíamos saber que pertenece al FBI.

—No tiene importancia. Pero me gustaría saber qué está ocurriendo.

—Que nosotros sepamos, nada. ¿El señor Amberson ha llamado al FBI?

—No, no. Es una visita personal.

—Ah. ¿Y la señorita?

—Es mi prometida, y quería presentársela al pro... al señor Amberson.

—¿Qué iba a decir? Al pro... ¿qué?

—Al profe —masculló Farish—. El señor Amberson fue profesor mío, de historia, en la universidad.

—Oh. Bueno —sonrió el otro—, en ese caso estoy seguro de que tendrán muchas cosas de que hablar. Por favor, sigan: todo está bien.

Clem Farish vaciló, durante un par de segundos. Luego, siempre llevando a Rachel de un brazo, reanudó la marcha hacia la casa. Subieron al porche, llamaron a la puerta, y ésta se abrió a los pocos segundos.

Una mujer pelirroja, de alrededor de treinta y cinco años, más bien fea, y vestida con sobria elegancia, sonrió al verlos.

—¿Señor Farish? —preguntó.

—Sí... Usted es quien me llamó por teléfono para comunicarme con el profesor, ¿verdad?

—Sí. Soy Janice Hilton, su secretaria. Por favor, pasen.

—No sabía que el profesor tuviese una sec...

Clem Farish se calló. Y se quedó mirando al hombre que estaba sentado en una de las butaquitas del vestíbulo, y que les miraba por encima del periódico que estaba leyendo.

—Hace un par de años que trabajo con él —dijo Janice Hilton, contestando el inacabado comentario—. Me parece que el señor Amberson no le espera acompañado, señor Farish.

Éste dejó de mirar al hombre del periódico, encogió los

hombros, y miró interrogante a la secretaria, que señaló hacia el fondo del vestíbulo. Al llegar allí abrió la puerta, y se apartó.

Rachel vio enseguida al hombre que estaba sentado a la mesa del despacho, y que se puso en pie rápidamente. No parecía muy alto, era un poco rechoncho, calvo hasta la mitad de la cabeza y con la melena muy larga, y llevaba lentes de gruesos cristales. Rachel pensó que era imposible no sentir simpatía hacia aquel hombre apenas verlo. Debía tener unos sesenta años, y cuando caminó apresuradamente hacia Farish, con los brazos abiertos, su expresión le rejuveneció asombrosamente. Parecía un chiquillo.

—¡Clement T. Farish! —exclamó—. ¡Dígame inmediatamente la fecha de la Independencia de los Estados Unidos de América!

—Cuatro de junio —sonrió Clem, abriendo también los brazos.

Fue un abrazo jubiloso, sincero, casi emocionante. Luego, Douglas Amberson se apartó, y dijo, con tono de censura:

—Cuatro de julio, señor Farish. De julio.

—Eso quise decir, señor profe —amplió su sonrisa Clem.

Douglas Amberson retrocedió otro paso, miró a Farish de arriba abajo, y movió la cabeza aprobativamente.

—Estás muy bien, Clem... ¡Muy bien! Muchacho, ya eres todo un hombre, ¿eh?

—Por lo menos, ya no tengo edad de llevar chupete —rió el G-man

—. ¡Resultaría gracioso, a los veintinueve años!

—Pero que muy bien —aprobó Amberson, palpando los brazos del agente del FBI—. Sí, claro: más ancho, más fuelle, más musculado... Ya eras todo un atleta cuando jugabas al *rugby*, así que no me sorprende nada. Pero, de veras, aún estás mejor que cuando te vi la última vez, hace tres años. ¡Tres años!

—Bueno... he estado muy ocupado, de verdad. Pero le aseguro que siempre me acuerdo de usted, de mi profe. Oh, le presento a Rachel Thilford: mi prometida.

—¿De veras? —exclamó Amberson—. ¡Vaya...! ¡No sabía esto!

—Muy lógico, porque nos hemos prometido hace menos de media hora. Cuando su secretaria me llamó, nos estábamos besando, a ver si congeniábamos.

—¿Y...?

—¡Ya lo creo que congeniamos!

Douglas Amberson se echó a reír, tendiendo su mano a Rachel, que sonreía, un poco turbada.

—Encantado, señorita Thilford —aseguró—. ¡Espero que sepa usted bien lo que hace!

—¿Se refiere usted a si sé besar? —preguntó ella.

Amberson quedó como petrificado, estrechando la mano de Rachel. Y de pronto, volvió a reír.

—¡Tiene un excelente sentido del humor! —exclamó.

—Y además, en efecto, besa muy bien —dijo Farish—. ¡Pero sólo a mí, desde luego!

La fea señorita Hilton emitió una risita, y los tres la miraron, divertidos. Ella se sofocó un poco, se quitó los lentes, y bajó la mirada hacia ellos, mientras los limpiaba con verdadero entusiasmo con su pañuelito.

—Mi secretaria —sonrió ampliamente Amberson—. Espero que ya se habrá presentado, ¿no es así?

—Sí. Profe, esos hombres que...

—Bueno, bueno, bueno —coito Amberson—. De modo que mi más querido alumno se va a casar. Sí, supongo que no sólo es normal, sino razonable... Dios bendito: ¿has dicho veintinueve años... ya, Clem?

—Ya ve: a punto de jubilarme.

Janice Hilton volvió a reír quedamente, se sofocó de nuevo, y luego casi echó a correr hacia su mesa, colocada en el otro extremo del despacho junto a unos ficheros. Se sentó, sacó unos papeles, y comenzó a mirarlos a toda velocidad, por supuesto sin enterarse de nada.

—Espero —contuvo la risa Amberson—, que el médico todavía no te haya prohibido la bebida. Bueno, el médico y el FBI. ¿O ya no trabajas para el FBI?

—Ésa es una enfermedad generalmente incurable —sonrió Clem—. Y no hay inconveniente en que beba, de un modo razonable.

—Ajá, estupendo... ¿Y usted, señorita Thil?

—Por favor, profe —sonrió ella—. Rachel, a secas. Y también bebo... de un modo razonable.

—Es simpática —dijo Amberson, mirándola atentamente—. Y muy bonita. Siempre supiste elegir, Clem.

—¿Qué quiere decir con eso? —Frunció el ceño Rachel.

—Oh, pues que en la univer...

—Bah, bah, bah —se apresuró a cortar Farish—. No ha querido decir nada importante, ¿verdad, profe?

—¿De modo que no soy tu primer amor? —Se enfadó simpáticamente Rachel.

—Pues... Esto...

—Es mejor ser el último... y definitivo —intervino Amberson—. ¿No le parece?

—Lo malo de todo esto —dijo rápidamente Farish—. Es que con un hombre tan guapo como yo, eso no puede asegurarse.

La señorita Hilton no pudo evitarlo: volvió a soltar una carcajada, y quedó cada vez más sofocada, con la mirada fija en los papeles. Amberson, Clem y Rachel se miraron, y el primero hizo un gesto de impotencia; si la señorita Hilton era así, ¿qué podía hacer él?

—Señorita Hilton —pidió amablemente—, ¿sería tan amable de servir *whisky* para todos? Para usted también, por supuesto.

—Oh, sí... ¡Sí, sí, enseguida!

—Muchas gracias. Bueno, muchachos, sentaros —Rachel y Clem se sentaron juntos en el sofá, y Amberson lo hizo en un sillón, frente a ellos mientras Janice Hilton se acercaba al mueble-bar—. Clem, antes me has dicho por teléfono que puedo pedirte lo que quiera... ¿Oí bien?

—Ya sabe usted que sí.

—Gracias. ¿Podrías ir a Washington?

—Sí, claro... ¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Ahora?

—Después de tomamos ese *whisky*... Ah, Janice, ya sabe: el mío con bastante agua.

—Sí, señor Amberson, lo sé.

—Pero —continuó la conversación Clem—, ¿qué está pensando?

—La verdad es que nada importante, pero ya me conoces, Clem: soy muy... meticuloso. Me gusta hacer las cosas bien, y estar seguro de que lo que yo digo o hago no va a tener ningún fallo. Por eso, antes de decir o hacer algo, me aseguro hasta el límite.

—Recuerdo muy bien cómo es usted, señor, de veras. Precisamente, esa manera de ser me costó algunos disgustos.

—La verdad es que la historia nunca fue tu asignatura preferida...

—Pero sí el profe.

—Gracias, Clem. Sí, es cierto... los dos nos encariñamos mucho desde el primer momento. Cosas curiosas de la vida. En mis aulas había alumnos que sabían diez veces más historias que tú, pero... no eran como tú. Recuerdo...

—¿Por qué tengo que ir a Washington?

—A llevar unos documentos. ¿Sabías que hace algo más de dos años trabajo para el gobierno?

—No... No.

—Pues así es. Esos hombres que has visto ahí fuera son del servicio de seguridad, una... ramificación de la CIA, ya sabes, o algo así.

—Lagarto, lagarto —sonrió Farish, cruzando los dedos.

—Son gente muy cuidadosa. Y por supuesto, desde que ellos están por aquí, no ha vuelto a ocurrir nada.

—¿Ocurrió algo antes?

—Debe hacer unos... seis o siete meses. No recuerdo muy bien. Una noche, al regresar a casa, me encontré con el despacho revuelto, alguien había venido a buscar algo, y no creo que fuesen mis apuntes sobre el libro de historia universal que estoy escribiendo. Supongo que buscaban el trabajo que estoy haciendo para el gobierno. Fue una pérdida de tiempo registrar mi despacho.

—Pues... lo celebro. Y desde luego, con esos hombres no creo que vuelva a ocurrir nada parecido.

—Yo tampoco lo creo. Desde entonces, mi casa nunca está sola. Si yo tengo que viajar, me acompañan unos hombres, y otros se quedan aquí, así que no creo que vuelva a ocurrir nada parecido a lo de la otra vez. Pero, como te digo, soy muy meticuloso... Por eso quiero que lleves tú unos documentos a Washington.

—¿Qué documentos?

—Sé que no vas a molestarte si te digo que no puedo proporcionarte información alguna sobre ellos, Clem. Ni siquiera la señorita Hilton conoce su contenido, pues ella solamente me ayuda a pasar mi libro de historia. En el trabajo para el gobierno todo lo hago yo solo. Esos documentos tienen que ir directos de aquí a Washington, y eso es todo.

—De acuerdo. Pero si ya tiene con usted a la CIA, no comprendo por qué quiere que los lleve yo.

—Oficialmente tendría que llevarlos yo, mañana por la tarde. Todo está preparado en ese sentido: saldré de aquí en un coche, con la señorita Hilton y tres de esos hombres. Iremos al Miami International Airport, y allá tomaré el avión con destino a Washington, acompañado por dos de esos hombres. El otro irá a llevar a la señorita Hilton a su domicilio, y regresará aquí...

—¿No tiene coche la señorita Hilton?

—Sí, claro que tiene coche... Ah, gracias, Janice —tomó el vaso Amberson—. ¿Ha recordado lo del agua?

—Sí, señor.

—Muy bien —Amberson esperó a que sus invitados tomaran también un vaso cada uno—. Sí, claro que tiene coche. Pero, si ella sale de aquí en su coche, y yo en otro coche con tres hombres, puede que esto sugiera que yo pienso emprender un viaje. En cambio, si voy con la señorita Hilton a Miami, parecerá que, como en otras ocasiones, vamos a algún recado de índole personal, y que puesto que ella se deja el coche aquí, es que pensamos volver los dos... ¿Comprendes?

Clem Farish asintió con la cabeza.

—¿Debo entender que usted cree que hay alguien... espíandole, señor?

—Bueno... Después de lo que ocurrió, el servicio de seguridad se muestra un tanto estricto y desconfiado. Y yo también, ya te digo que soy muy meticuloso. Así que incluso he pensado que la persona o personas que vinieron a registrar mi despacho en vano, quizá saben algo de lo que estoy haciendo... y sienten interés por ello. De tal modo que podrían sentir tentaciones de salirme al paso para arrebatarme esos documentos, a las malas.

—Pero si no saben que usted sale para emprender viaje a Washington...

—¿Cómo puedo estar seguro de que no lo saben? Lo cierto es que vinieron aquí, y eso indica que saben algo, ¿no? Entonces, es posible que también sepan perfectamente la fecha de mi viaje a la capital... ¿No te parece?

—Sí —admitió Clem—. Sí, claro. De todos modos, si le acompañan unos cuantos nombres del servicio de seguridad, no

creo que se atrevan a molestarlo, esa gente es de cuidado, se lo aseguro.

—Lo sé. Se trata de personal especialmente entrenado, por supuesto. Pero, Clem... ¿por qué tengo que correr el menor riesgo de que esos documentos me sean robados? Pueden hacerlo de tantas maneras... Incluso una vez en el avión podrían intentarlo. Podrían, incluso, secuestrar el avión...

—¿Tan importantes son esos documentos?

—Todo en la vida es relativo, pero, sin duda alguna, para muchas personas esos documentos son muy importantes. Saben que me doctoré en Ciencias Políticas, y saben que trabajo para el gobierno en algo que el gobierno sí considera muy importante. Y para ser sincero contigo, también yo creo que he realizado un trabajo de gran importancia política para Estados Unidos. Por eso, quiero estar seguro de que ese trabajo, esos documentos, llegarán a Washington.

—Bueno, señor, no quiero parecerle tonto o miedoso, pero temo que no puedo aceptar este asunto de un modo personal. Puesto que trabajo para el FBI, debo...

—No —cortó Amberson rápidamente—. No, Clem. Te he elegido a ti, porque, en primer lugar confío sin la menor vacilación en mi alumno preferido. Y también, porque sé precisamente que no eres hombre fácil de asustar... Seguramente, te dejarías matar antes de permitir que te quitasen esos documentos. Pero, Clem, eso mismo es lo que harían los agentes de seguridad que me... custodian, y, pese a todo su esfuerzo, quizá fuesen asesinados, vencidos, y los documentos no llegasen a Washington. Si ahora interviene el FBI, la cosa quedará igual. No. Yo quiero hacer el viaje a Washington sabiendo que los documentos están ya allí. De este modo, aunque nos ataquen por el camino, nadie podrá conseguirlos. Aunque nos maten.

—Si lo están vigilando, quizá me ataquen a mí, me maten y me los quiten —murmuró Farish.

—No creo. Tú eres una visita particular, no creo que te tengan en cuenta. Saldré a despedirte, te gritaré un saludo referente a la universidad... Una visita personal. No te harán caso... si es que realmente alguien me está vigilando esperando una oportunidad.

—¿Usted cree que esas personas saben que el viaje de usted está

proyectado para mañana?

—Creo que sí —murmuró Amberson.

—¡Y quién ha podido decírselo!

—No lo sé. Supongo que esto son lo que llaman filtraciones informativas. Una palabra de más en algún cóctel, un comentario... No lo sé, Clem. Pero vinieron aquí, y eso sí lo sé. Perdieron el tiempo, por fortuna, nadie puede encontrar el escondrijo secreto donde gualdo esos documentos. Por eso, aunque estoy tomando todas las precauciones para que lleguen a Washington, dejaré una copia en ese... escondrijo. Si nos atacan y no nos matan, al menos podré volver a por la copia. Aunque, francamente, si mis estudios sobre el caso que me ha ocupado estas últimas semanas llegan a ser conocidos por otras personas, es muy posible que perdiesen muy buena parte de su eficacia. Por eso, sabiendo que la copia no podrá ser encontrada por nadie estoy haciendo lo posible para que el original llegue esta misma noche, con toda seguridad, a Washington. Mañana quizá me ataquen, pensando que llevaré los documentos en mi portafolios... Y no me importa lo que pase: si consiguen ese portafolios, se llevarán un buen chasco, porque tú ya habrás depositado esos documentos en las manos de cierta persona de Washington. Tú solo, Clem... Sales de aquí con tu prometida, la llevas a su domicilio, te vas al aeropuerto, y sales hacia Washington. Así de sencillo. Si ocurre algo, serás felicitado por tu labor personal. Si no ocurre nada, mejor para todos.

—¿Saben lo del servicio de seguridad lo que usted me está proponiendo? No, claro que no, ¿verdad?

—Solamente lo sabemos nosotros cuatro —dijo Amberson.

Clem Farish movió la cabeza, dubitativo, mirando a su alrededor. Libros y más libros. Libros por todas partes, en estanterías que llegaban hasta el techo. Miles de libros... Se dio cuenta de que los tres le estaban mirando fijamente, y movió la cabeza de nuevo.

—Me está usted metiendo un lío, profe —sonrió.

—¿Acaso porque seas del FBI no tienes derecho a viajar a Washington?

—No es eso... Tengo tiempo de ir allá esta noche, y volver en uno de los vuelos nocturnos, claro, así que mañana estaría en la delegación a la hora de siempre. Pero... En fin, no sé...

—Bueno —sonrió apagadamente Amberson—, estás ahora en situación de vengarte de los disgustos que te di con mis notas sobre tus estudios de historia.

—Oh, vamos, profe... ¡No está hablando en serio!

—Claro que no, Clem. Bien: ¿qué contestas?

—Demonios —el

G-man

se rascó furiosamente la cabeza—. Al fin y al cabo, aunque sea de un modo un tanto irregular, lo que voy a hacer es prestar un servicio al gobierno, ¿no es así?

—Sin la menor duda.

—¡Pues nos ha fastidiado usted a Rachel y a mi nuestro día de fiesta, maldito sea el teléfono!

—Gracias —suspiró con grandísimo alivio Amberson; sacó un sobre de un bolsillo interior de la chaqueta—. Aquí están los documentos, en el sobre pone el nombre y la dirección de la persona que debe recibirlos en Washington.

Clem Farish tomó el sobre, leyó lo escrito en el reverso, y miró hoscamente a Amberson.

—Usted ya sabía que yo iba a aceptar —gruñó.

Desde luego. Del mismo modo que sé que no vas a abrir ese sobre, Clem.

—¿Te das cuenta? —Miró el

G-man

a Rachel—. ¡Tuve el profe más listo del país! Bueno, y ahora hablemos de otras cosas. Por ejemplo: ¿qué nos regalará para la boda?

—Algo muy confortable —rió Douglas Amberson—. ¡Un buen par de zapatillas a cada uno!

Media hora más tarde, ya prácticamente de noche, Clem Farish y Rachel Thilford salían de la casa, acompañados de Douglas Amberson, que los despidió muy afectuosamente, abrazándolos a los dos.

Y cuando estaban ya cruzando la puertecilla de la blanca valla de madera, les gritó, desde el porche.

—¡Clem! ¡No se te vaya a olvidar avisarme la fecha de la boda con una semana de anticipación!

—¡Pues ya está avisado! —le gritó Clem Farish.

Amberson entró en la casa, riendo. Farish saludó con un gesto hacia el coche donde estaban los hombres del servicio de seguridad, abrió la portezuela a Rachel, y fue a sentarse ante el volante.

—Lo siento —murmuró—: ni cine, ni cena, ni nada, mi amor.

—Has hecho lo que debías hacer, Clem.

—Eres muy comprensiva... Te has ganado un beso.

—Eres muy generoso —rió ella.

Y desde luego, no rechazó la generosidad del agente del FBI.

—Clem —gemía poco después—. ¡Un día vas a ahogarme!

—Asesinato en primer grado —sonrió él—, malo. Y además, con testigos. Apuesto a que esos tipos no nos pierden de vista... ¡Qué se chinen! Rachel, ¿te molestaría que fuésemos directos de aquí al aeropuerto? Luego, puedes irte en mi coche, ya me lo...

—No, no. Lo dejas allí, para cuando regreses esta madrugada. Tomaré un taxi.

—Eres muy comprensiva...

—Dios mío, ¡más besos, no! —se alarmó ella—. ¡Hoy ha sido un día terrible!

Clem Farish la miró amenazadoramente.

—Pues espera una semana, y verás...

—Entonces, ¿es verdad? ¿Nos casaremos dentro de una semana?

—Es el tiempo que creo necesitar para convencer a mi jefe de que tramite la concesión de mis vacaciones. Y si no lo he conseguido... ¡desertaré del FBI!

—Es la mentira más tonta y más grande que he oído en mi vida —agregó Rachel—. A menos que en el tiempo que nos conocemos no haya sabido catalogarte bien, Clem Farish. Dime una cosa: ¿cómo sabré que has vuelto de Washington?

—Te llamaré a la clínica, sea la hora que sea. ¿Vale?

—Oh, sí, por favor.

Hora y media más tarde, el agente especial del FBI, Clem Farish salía en avión hacia Washington. Debía ser cerca de las nueve y media cuando Rachel Thilford salía del aeropuerto, en taxi.

Y casi a las tres de la mañana, cuando la luz roja del teléfono de su cuarto en el piso de la clínica que tenía a su cargo comenzó a encenderse intermitentemente.

—¿Sí? —Atendió la llamada.

—¿...?

—¡Clem! ¿Ya estás de vuelta?

—¡Cuánto me alegro! ¿Todo ha ido bien?

—¡...!

—Menos mal... La verdad es que estaba muy preocupada... ¿Dónde estás ahora?

—Pues que descanses —rió Rachel—. ¿Podemos vemos mañana?

—Bueno, por mí está bien a las ocho, sí. Podemos cenar juntos, aunque sea un poco tarde... Pero ya sabes que tengo que estar en la clínica a las doce, como siempre. ¿Has llamado ya a tu profe?

—Ah, sí. Claro, será mejor por la mañana...

—¡No! —volvió a reír Rachel—. ¡Nada de pasar a buscarte a tu apartamento! Prefiero esperarte delante de la delegación, como otras veces. ¡Allí eres menos peligroso! Pero... te quiero, Clem.

—¡...!

—Eso ya lo veremos con el tiempo —sonrió dulcemente Rachel—. Adiós, Clem.

—Yo también te envío besos. Adiós, mi amor. Hasta mañana a las ocho... Es decir, hasta las ocho de esta tarde...

CAPÍTULO III

—Son las siete ya, señor Amberson —dijo Overbeck, jefe del grupo del servicio de seguridad—, y el avión sale a las ocho y veinte. Cuando guste saldremos hacia el aeropuerto.

—Yo estoy listo —sonrió Douglas Amberson, mirando a su secretaria—. Deje eso ya, señorita Hilton. Nos vamos.

—Sí, señor, sí, estoy terminando...

Janice Hilton escribió un par de líneas más a máquina, quitó la hoja del rodillo, la dejó sobre las otras, y se puso en pie. Recogió su bolso y su chaquetita de la percha, y miró con expresión un poco asustada a los dos hombres, que la contemplaban fijamente.

—Cuando quieran...

Amberson vaciló visiblemente.

—Janice, yo creo que no va a pasar nada, precisamente porque viene usted, y pensarán que vamos a Miami nada más, como otras veces. Pero, si tiene miedo, o... no quiere venir...

—¡No, no! —Se sobresaltó la secretaria—. No tengo miedo, se lo aseguro. Y sé muy bien que si yo no voy con ustedes pueden sospechar que...

—Debe usted entender que no está obligada, señorita Hilton —murmuró Overbeck—. Realmente, su presencia es la mejor garantía de que no sospecharán que vamos a emprender un viaje, pero...

—Oh, ya hablamos sobre eso —rechazó ella—. Estoy lista.

—De acuerdo.

—Salieron del despacho, al cual entró uno de los hombres del grupo, dispuesto a no moverse de allí el tiempo que fuese necesario. En el vestíbulo había otro, y otro en el jardín, que entraría en la casa, un poco más tarde. Quedarían allí tres en total. Afuera, en el coche, había otros dos, en el asiento delantero... Douglas Amberson, Janice Hilton y Walter Overbeck ocuparon el asiento de atrás, la secretaria entre los dos hombres.

Overbeck dirigió una mirada al portafolios que Douglas Amberson sujetaba con displicencia, y musitó:

—Vámonos, Hormon.

El hombre que estaba al volante asintió con la cabeza, y puso el coche en marcha. Desde allí, en las afueras de Pompano Beach, se dirigió hacia Hammondville Road, y por ésta llegaron a la localidad, que cruzaron, hacia la costa por Atlantic Boulevard después de descender por Dixie Highway. Siguiendo por Atlantic Boulevard llegarían a la Nacional 1, y ya, directos hacia el Sur, hasta enlazar con Biscayne Boulevard, en Miami... Ésa era la ruta.

—No te distraigas —dijo Overbeck—. Vamos bien, pero no nos sobra tiempo.

—Llegaremos, llegaremos.

Overbeck asintió, mirando por la ventanilla. Por él, hubiesen salido más temprano de Pompano Beach, pero, más visibles durante más tiempo. En cambio, puesto ciertamente, eso tenía el inconveniente de que serían que llegarían a Miami ya de noche...

El camión apareció de pronto.

Un camión enorme, que salió a la carretera como queriendo cruzarla perpendicularmente, para pasar de uno a otro lado de ella.

—¡El camión! —gritó Janice—. ¡El camión...!

Hormon estaba ya frenando, como si quisiera sacar el pie por debajo del coche, cuyos neumáticos rechinaron agudamente sobre el aglomerado asfáltico. Mientras tanto, la mente de sus dos compañeros del servicio de seguridad funcionó con la rapidez y perfección de una computadora, comprendiendo que aquel camión no aparecía allí por casualidad, ni mucho menos. Llevaron sus manos a las pistolas, gritaron...

Y el camión, detenido ocupando toda la calzada, recibió de lleno, si bien ya muy amortiguado, el impacto del coche, en su costado izquierdo.

Eran las siete y doce minutos de la tarde.

CAPÍTULO IV

A la una y diez de la madrugada, Clem Farish detenía su coche delante del bonito chalé de Douglas Amberson, salía como disparado, saltaba la vallita blanca... Había muchas luces en la casa, y se veían dos coches de la policía estacionados allí mismo.

Un hombre de paisano apareció ante Farish, con una pistola en la mano, pero él no le dio siquiera tiempo a hablar.

—Soy Clem Farish, del FBI —dijo rápidamente—: el señor Overbeck me ha llamado por teléfono.

—Ah, sí. ¿Le importa que me asegure de que usted es quien dice, señor Farish?

Mascullando por lo bajo, Clem le mostró su credencial, y siguió hacia la casa. La puerta estaba abierta, y apenas entrar casi se dio de narices con Overbeck, que respingó y retrocedió. Tenía el brazo izquierdo vendado y bien sujeto contra el cuerpo, y en su frente se veía una ancha tira de esparadrapo, y pequeños cortes en toda la cara.

—Ha venido usted muy deprisa, señor Farish.

—¿Dónde está? —Casi gritó Clem.

—Arriba, en su dormitorio. Pero no se preocupe, ya le he dicho por teléfono que está bien. Sólo que ha recibido muchos más cortes que yo en la cara y las manos. Mis compañeros Hormon y Donahue han salido peor librados: han tenido que llevárselos a un hospital. Hormon tiene rotas algunas costillas, y Donahue, que iba junto a él, tiene fracturado el peroné de la pierna derecha. Los mejor librados hemos sido la señorita Hilton y yo. Tranquilícese, el señor Amberson está bien. Se podría decir que no ha pasado nada... si no nos hubiesen quitado cierto portafolios. Lo cual, según parece, también tiene gran importancia, ¿verdad?

Farish suspiró profundamente.

—¿Se ha enterado de mi viaje a Washington? —musitó.

Overbeck tenía el ceño fruncido.

—La señorita Hilton nos lo dijo cuando estuvimos en condiciones de saber lo que había pasado. Por supuesto, nos alegramos de la previsión del señor Amberson.

—Pero no les ha gustado mi intervención, ¿verdad?

—Como ha explicado las cosas la señorita Hilton, parece que el señor Amberson le forzó a usted a hacerlo. Sea como sea, los documentos están en Washington, y eso es lo que importaba. Lo demás, se arreglará por sí solo, con el tiempo. Además, si hay algo que deba ser discutido entre su servicio y el mío, se hará a muy alto nivel. No vamos a pelearnos nosotros, ¿no le parece?

—Le aseguro que no tengo el menor interés.

—Yo tampoco. Se retira usted muy tarde, señor Farish. Le estuve llamando desde las once y media.

—Estuve con mi prometida hasta las doce. La dejé, en la clínica donde trabaja y fui a mi apartamento. No hacía ni un minuto que había llegado cuando llamó usted.

—Por milésima vez. ¿Su prometida es verídica o forma parte del juego que ideó el señor Amberson?

—Es verídica —sonrió Clem.

—Ah. ¿Trabaja en una clínica?

—Es enfermera.

—Estupendo... Quizá podría ayudar a cuidar al señor Amberson, ¿no cree?

—No sé. ¿Qué pasó exactamente, Overbeck?

—Apareció un camión, cruzando la carretera... ¿Usted ha visto de qué modo aparece un gato o un perro cruzando la carretera de pronto? Pues así apareció el camión. Desde luego, nos estaban esperando. Cuando despertamos, estábamos rodeados de gente, de coches, había un par de patrulleros... Del camión y del portafolios, ni rastro. Poco después, llegó una ambulancia, y se llevó a Hormon y a Donahue. Al señor Amberson ya se lo había llevado el médico.

—¿Qué médico?

—El doctor Elvis Braden, residente en Pompano Beach, precisamente muy cerca de donde se produjo la... colisión. Fue él quien recogió al señor Amberson, y se lo llevó a su casa, para atenderlo inmediatamente, y llamó a la policía... En fin, todo eso. Al llegar la señorita Hilton y yo allá, el señor Amberson ya estaba

atendido... Me parece que su cara no resultará muy agradable de ver, por lo que dijo el doctor Braden.

Clem Farish palideció ligeramente, y se mordió los labios.

—¿Puedo subir a verlo? —susurró.

—Le acompañaré.

Subieron a la planta de los dormitorios, y Overbeck señaló una de las puertas. Clem entró, y enseguida vio al profusamente vendado ocupante de la única cama. Junto a él, de pie, había un hombre de unos cuarenta años, que estaba cerrando un maletín negro. Al otro lado de la cama, sentada en una silla, como alucinada; estaba Janice Hilton, sin lentes, desgredada, y con algunos esparadrapos en el rostro... Casi salía ganando.

—El doctor Braden —susurró Overbeck—. Clement Farish, amigo del señor Amberson.

—¿Qué tal? —sonrió Braden, tendiendo la mano.

—Encantado, doctor... ¿Qué peligro...?

El médico movió la cabeza con gesto negativo.

—Ninguno que deba preocuparnos —bajó más la voz—, salvo que el señor Amberson quiera participar en un concurso de belleza cuando le quitemos los vendajes. Por lo demás, no hay cuidado. Por supuesto, pensé en llevarlo a un hospital, pero de verdad, no valía la pena. Lo que tiene es sólo cuestión de tiempo.

—Bien... Gracias por lo que ha hecho, doctor. ¿Puedo hablar con él?

—Le haré yo otra pregunta, señor Farish: ¿es imprescindible que el señor Amberson hable?

—No... No.

—En ese caso, me permito sugerirle que lo dejen descansar. Es más, le he administrado un sedante intravenoso, ¿comprende?

—Sí. Bueno, usted lo recogió, ¿no es así?

—En efecto. Fui la primera persona que llegué al lugar del accidente, y de un solo vistazo, comprendí cuál de los accidentados requería cuidados inmediatos: el señor Amberson. Entre otros muchos cortes tenía uno aquí —se señaló la garganta—, que me asustó, al principio. Y como los demás estaban sin sentido y podía esperar, me lo llevé a mi casa, y llamé a la policía.

—No sé cómo agradecerle...

—Oh, vamos —pareció impacientarse Braden—: soy médico,

¿sabe usted?

—Sí; sí... Perdone. ¿Conocía usted al señor Amberson?

—No. Pero luego se presentó la policía en mi casa, con el señor Overbeck y la señorita Hilton, a los que también atendí, y finalmente decidimos traer al señor Amberson aquí. De todos modos, si usted va a estar más tranquilo llevándolo a un hospital, por mí no hay inconveniente. Aunque puede estar seguro de que no harán más de lo que yo he hecho. Soy consciente de mi deber.

—Estoy convencido de ello. Doctor, ¿vio usted el camión contra el que chocó?

—No —intervino Overbeck—. Ya le hice yo esa pregunta. Cuando él llegó allí, sólo estaba el coche, casi fuera de la carretera. Tenía rotos todos los cristales, y abollado el morro... Si Hormon no hubiese visto el camión a tiempo, no habría podido frenar tanto, y ahora estaríamos todos hechos papilla, supongo. Aunque quizá la vida se la debamos a la señorita Hilton; fue la primera en ver aparecer el camión, y empezó a gritar... Hormon pudo meter el freno hasta el fondo.

—¿Vio usted algo que pueda servirnos para buscar ese camión? Overbeck negó, mosqueado.

—No tuve tiempo de nada. Vi el camión cuando ya Hormon estaba frenando al oír los gritos de la señorita Hilton... Recuerdo que quise sacar la pistola, porque comprendí que aquello era algo más que un accidente casual... Luego, chocamos, y eso es todo. Perdimos el sentido.

—¿Todos? ¿Los cinco?

—Sí —alzó las cejas Overbeck, aún más mosqueado—. Los cinco. Recuerdo el color oscuro del camión, el choque... y luego nada más. Cuando despertamos estábamos rodeados de gente.

—Y el portafolios no estaba.

—Claro que no —gruñó Overbeck—. Ya se lo he dicho. A mí me parece que la cosa no puede estar más clara. El camión...

—Perdonen —intervino el médico—. ¿Me necesitan para algo, alguna declaración, o...?

—No, no. Ya le avisaremos, doctor —dijo amablemente Overbeck—. Supongo que está usted muy cansado.

—Pues la verdad, sí —admitió Braden—. Si no fuese por eso, me quedaría, a pesar de saber muy bien que no va a necesitarme. Sólo

por tranquilidad de ustedes.

—Pero quizá no estaría de más una enfermera.

Elvis Braden sonrió astutamente.

—La vigilancia médica nunca está de más —deslizó—. Pero esa enfermera tendría que ser buena, y aceptar desde el primer momento que no debe mover al paciente. Si algo ocurriese, tendría que llamarme a mí inmediatamente. ¿Está claro?

—Clarísimo. Le llevaré a su...

—He venido en mi coche. Es un coche viejo, tipo furgoneta. Casi una ambulancia, así que pudimos traer al señor Amberson. De verdad, señor Farish, déjenlo descansar, eso es todo.

—Lo tendremos en cuenta. Buenas noches y de nuevo gracias, doctor Braden.

Éste saludó con la mano, recogió su maletín, y salió del dormitorio, silenciosamente. Clem Farish se quedó mirando, impresionado, al herido, que tenía la cabeza y las manos vendadas, y permanecía en el pecho, encima del corazón y se sintió muy aliviado al notar los latidos, un tanto alterados, pero fuertes, vigorosos.

Cuando miró a Janice Hilton no pudo evitar una sonrisa, al verla tan tensa, tan asustada, mirándole con los ojos tan abiertos que parecía que le fuesen a saltar de las órbitas.

—¿Está usted bien, señorita Hilton? —preguntó—. ¿De verdad?

—Sí... Sí, señor, sí...

—¿Quiere que la lleve a su casa?

—¡No! —gritó Janice.

—Está muy asustada —murmuró Overbeck—. Quiere quedarse aquí, con todos nosotros.

—Entiendo. Se siente más protegida, ¿no es eso, señorita Hilton?

—Sí... Sí, señor, yo... yo prefiero quedarme... Puedo cuidar al señor Amberson, y...

—No tiene que molestarse. Llamaré a mi prometida, que es enfermera, y eso será lo mejor para todos. Bueno, espero que alguna compañera pueda hacer su turno... La llamaré.

—Bajaré con usted —dijo Overbeck—. Voy a llamar yo también, para saber cómo están Donahue y Hormon... Y de paso, supongo que usted y yo tenemos algo que aclarar, Farish.

—¿A qué se refiere?

Overbeck señaló hacia la puerta, salieron ambos, y comenzaron a bajar la escalera.

—Evidentemente —prosiguió Overbeck con su idea—, algo tendremos que hacer, ¿no?

—¿Por ejemplo? —Lo miró amablemente Clem.

—Una investigación. Desde luego, dudo que ninguno de nosotros cinco podamos ser de gran ayuda directa en cuanto a identificar ese camión, pero a veces se empieza a trabajar con muy poco. Y quisiera saber quiénes se van a encargar de este asunto, el FBI o nosotros, el servicio de seguridad.

—¿Por qué no dejamos, que también eso sea discutido a más alto nivel? —sugirió Clem—. Supongo que lo haga quien lo haga, partirá de las huellas de los neumáticos que el camión tuvo que dejar en la carretera, y, mucho mejor marcadas, fuera de ella, ya que obviamente estuvo en el campo, esperando al coche, y tras cruzar la carretera tuvo que volver al campo, de nuevo a la carretera... Vamos a encontrar huellas a cientos, a miles.

—Eso parece un trabajo muy apropiado para el FBI.

—Sí, pero como ya le digo, que lo discutan en las altas esferas. Es muy posible que mi jefe esté encargándose ya de eso, pues le llamé a su domicilio antes de venir hacia aquí. Bueno —sonrió como divertido—, va por las veces que él me ha llamado a mí, en ocasiones para nada positivo.

—Usted cree que no conseguiremos nada obteniendo moldes de las huellas de esos neumáticos, ¿verdad, Farish? Es más que posible que ese camión no aparezca nunca, o que aparezca muy pronto pero no nos sirva de nada... ¿No es eso?

—Eso es exactamente lo que me temo, Overbeck.

—Maldita sea... Pero algo tenemos que hacer, ¿no?

—De momento, llamar por teléfono.

CAPÍTULO V

El estado de los agentes del servicio de seguridad Hormon y Donahue, le aseguraron a Overbeck, no era ni mucho menos preocupante. Habían sido ya atendidos adecuadamente, y el tiempo se encargaría del resto.

En cuanto a Rachel Thilford, se presentó hacia las tres de la mañana, en un taxi, que Farish pagó y despidió.

—Lo siento, Clem, pero no he podido venir antes... Tuve que buscar a una compañera que quisiera hacerme el resto del turno, y esperar que llegase a la clínica.

—Por supuesto, mi amor —Clem la besó en la nariz—. Lamento que tengas que molestarte tanto, pero ya sabes cuánto estimo a mi profe, y he preferido que tenga cerca de él alguien que pueda atenderlo en caso de alguna urgencia.

—Santo cielo; ¿me estás pidiendo disculpas, Clem?

—Es una tontería, ¿verdad? —sonrió él.

—Supongo que significa que eres muy considerado, como en el fondo, sí, es una tontería. Vamos a verle.

Rachel tuvo que limitarse a poner una mano sobre el corazón del herido, pues el cuello, la cabeza y las manos desaparecían bajo el abultado vendaje. Pero con aquello tuvo suficiente.

—Está perfectamente —aseguró, miró a Janice Hilton, que continuaba sentada en una silla—. Sería mejor que durmiese un poco en cualquier sitio, señorita Hilton. Yo puedo encargarme del señor Amberson.

—Es que... no tengo sueño.

—¿Quiere que le dé algo para dormir?

—No, no... Prefiero estar despierta...

—Está demasiado tensa —murmuró Clem—. Es mejor que la dejemos a su aire, Rachel. Ya se dormirá cuando su cuerpo no pueda resistir más. ¿Puedo hacer algo?

—¿Qué cosa, por ejemplo? —sonrió Rachel.

—No sé... Quizá ir a buscar algún medicamento... ¿No?

—Tu profe no necesita absolutamente nada. Ah, Clem, le dejé a mi compañera el teléfono de esta casa, por si tenía que consultarme sobre alguno de los pacientes; a veces ocurren cosas inesperadas.

—Sí, claro. Bien, si el profe está tan perfectamente, y crees que tú presencia aquí no es necesaria...

—Me parece que no lo es —rió quedamente ella—. Pero sé que nunca me perdonaría esta deserción. Y comprenderás que no voy a ser tan tonta de dejar escapar un marido como tú a siete días fecha de la boda.

—Eres astutísima —sonrió el

gun-man

—. Voy a darme una vuelta por la casa, a ver si todo está bien.

—¿No vas a dormir un rato?

—Yo no soy enfermero —replicó Farish—, pero te aseguro que en cuanto a turno de noche no tengo gran cosa qué aprender. Hasta ahora.

En la casa todo estaba bien y tranquilo. Había tres hombres, y Overbeck, al que encontró en el despacho de Amberson, sentado en el sillón, y muy pálido.

—En mi opinión —dijo Clem, después de ofrecerle un cigarrillo—, usted debería estar con sus compañeros, Overbeck. O sea, en el hospital, bien atendido y descansando.

—Estoy bien aquí —gruñó Overbeck.

—Me parece que no, pero me hago cargo.

—¿De qué se hace cargo?

—De su estado de ánimo —Clem se sentó en otro sillón, sonriendo amablemente—: está que se lo llevan los demonios, ¿no es así? Si el señor Amberson hubiese llevado los documentos, se los habrían quitado, a pesar de estar usted y dos de sus hombres con él. Es bastante para irritar a un profesional como nosotros.

—Usted es muy penetrante, ¿eh?

—Tómeselo con calma. Todos tenemos fallos alguna vez. Es algo ineludible.

—¿Los del FBI también? —se sorprendió irónicamente Overbeck.

—Si no fuese así —casi rió Clem—, no existiría esa lista de los diez delincuentes más buscados por el FBI, ya que los habríamos

encontrado a todos.

—Es usted simpático —refunfuñó Overbeck—. Y su novia también. Y muy bonita, demonios.

—Gracias. Espero que los del servicio de seguridad no tengan peor gusto que los del FBI a la hora de escoger novia.

Estaban riendo los dos cuando sonó el teléfono. Lo miraron, alzando las cejas. Clem se adelantó a atender la llamada.

—¿Diga?

—¿...?

—Sí, en efecto, aquí es.

—¿...?

—Ah, sí. Un momento, por favor —dejó el auricular sobre la mesa, y comentó dirigiéndose hacia la puerta—: espero que Rachel deje su trabajo cuando nos casemos. Esto de ser enfermera parece casi tan absorbente como ser agente del FBI... y de la CIA, claro.

Regresó poco después con Rachel, que atendió a su compañera de la clínica, dándole algunas aclaraciones.

—Era Brenda —explicó luego innecesariamente—, mi compañera. No se atrevía a tomar una determinación sin consultarme.

—Pues ha hecho muy bien —asintió Clem.

Brenda volvió a llamar, hacia las cuatro de la madrugada. Y lo hizo por tercera vez, a las cinco menos veinte.

A las cinco y cinco, Clem Farish atendió otra llamada con estas palabras:

—Hola, Brenda. ¿Qué pasa ahora?

—Ah... Disculpe. ¿Qué desea?

—¿...?

—Sí, aquí es.

—¿...?

—No, lo siento —el

G-man

se irguió vivamente—. El señor Amberson no puede ponerse. Son las cinco de la mañana, señor.

—¿...?

—¿Su secretaria? Bien, debo decirle que la señorita Hilton tiene su propio domicilio.

—¿Sabe usted perfectamente que ella está aquí? Dígame: ¿quién

es usted y qué desea?

—De acuerdo. No se retire.

Dejó el auricular sobre la mesa, y subió al dormitorio de Douglas Amberson, al que dirigió una mirada. Seguía igual, inmóvil...

—¿Otra vez Brenda? —preguntó Rachel.

—No. Esta vez querían hablar con el profe, o, en su defecto, con la señorita Hilton, y nada más que con ella.

—¿Conmigo? —Alzó la cabeza Janice, que parecía adormilada—. ¿Quién es?

—No ha querido decírmelo. Quiere hablar con usted, y eso es todo. Un hombre. Será mejor que vaya enseguida al despacho. ¿No has visto a Overbeck, Rachel?

—Hace más de una hora. Estuvo por aquí, miró al señor Amberson y salió. Clem, quisiera decirte algo...

—¿Puedes esperar un minuto? Quisiera buscar a Overbeck, no me extrañaría que estuviese desmayado en alguna parte de la casa.

—Oh, está bien.

—Volveré enseguida.

Clem Farish abrió la puerta a Janice Hilton, y salió tras ella, cerrando cuidadosamente. Se disponía a bajar para escuchar lo que tuviese que decirle el desconocido y madrugador comunicante, cuando vaciló, miró hacia la puerta de los otros tres dormitorios... Encogió los hombros, dejó a Janice Hilton que bajase sola y entró en el primer dormitorio. Overbeck no estaba allí.

Pero sí estaba en el siguiente dormitorio, tendido sobre la cama, lívido. Parpadeó al encender Farish la luz, e intentó incorporarse, pero el

G-man

se acercó presurosamente, y se lo impidió.

—No se mueva, Overbeck —le puso una mano en la frente, y emitió un silbidito—. Ya se lo advertí; debió usted irse con Hormon y Donohue. Tiene una fiebre de la que llaman de caballo.

—Estoy bien —jadeó Overbeck—. Estoy muy bien...

—No diga tonterías, hombre —masculló Clem—. Haga el favor de estarse quieto aquí, llamaremos una ambulancia.

—Si usted hace eso, le... le partiré la cara cuando... cuando pueda mover el...

—Váyase al demonio.

Salió del dormitorio, y regresó a los pocos segundos con Rachel, que apenas tocar la frente de Overbeck lanzó una exclamación.

—¡Está muy mal!

—¿Llamo a una ambulancia?

—¡Desde luego! Pero espera... Creo que tengo en mi maletín algo para atenderlo de urgencia. Le pondré una inyección ahora mismo.

—¿Tan mal está?

—Hay que atajar la fiebre cuanto antes. Ve a traerme el maletín, ¿quieres?

Cuando Clem regresó con el maletín, Rachel ya había dejado al descubierto el brazo sano de Overbeck. Le inyectó, volvió a ponerle la mano en la frente, y movió la cabeza.

—Puedo llamar a Brenda y decirle que nos envíe inmediatamente una ambulancia de la clínica. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo. Vamos abajo... Por cierto, la señorita Hilton ya debe haber hablado con ese sujeto. A ver qué nos dice.

Apenas entrar vieron a Janice Hilton sentada en un sillón con aquella expresión asustada, tan peculiar en ella, muy abiertos los ojos. Se quedaron mirándola alarmados.

—¿Qué ocurre, señorita Hilton? —preguntó Clem—. ¿Habló ya con su amigo?

Janice le miró como si el
G-man
hubiese perdido el juicio.

—No... no era mi amigo... Dice... dice que nos van a matar a todos...

Rachel lanzó un gritito de sobresalto, pero Clem se apresuró a tranquilizar a la secretaria.

—Bueno, eso no es tan fácil... ¿Quién era?

—No lo sé. No le conozco... Ha dicho... ha dicho que si no le entregamos los documentos que debían haber estado en... en el portafolios, nos... nos matarán a todos, que... que pueden... que pueden... bombardear esta casa...

—¡Dios mío! —gritó Rachel—. ¡Tenemos que marchamos antes de que...!

—Tranquila —susurró Clem—. Quizá sea eso lo que quieren: que salgamos de aquí.

—Pe-pero...

—Cálmate. Señorita Hilton: ¿le han dicho cómo, dónde y cuándo teníamos que entregar los documentos?

—No... No, señor. Me... me ha dicho que volverá a llamar, para saber lo que hemos decidido, y que... que entonces me dirá lo que tenemos que hacer.

—¿Cuándo volverá a llamar?

—Dentro de una hora. Dice que nos da tiempo suficiente para que convenzamos al señor Amberson de que debe decirnos dónde están esos documentos, y que nos preparemos para entregarlos.

—Muy bien. Rachel, llama a Brenda, para que envíe la ambulancia. Y no te entretengas demasiado: yo también tengo que hacer una llamada.

La llamada de Rachel obtuvo el resultado lógico; antes de media hora, llegó una ambulancia de la clínica, en la cual fue evacuado Walter Overbeck, quien, sin duda debido a la inyección que le había aplicado Rachel, parecía un poco más fresco. Pero, por supuesto, de todos modos, fue evacuado.

La llamada de Clem Farish tuvo resultados mucho más espectaculares: casi al mismo tiempo que la ambulancia, llegaron varios coches del FBI y otros con hombres del servicio de seguridad. Entre todos, formaron un doble cordón alrededor de la casa. Un tipo alto y fuerte, de gesto adusto, ocupó la jefatura dejada vacante por Overbeck en el servicio de seguridad. Y el inspector Gordon, jefe de la Delegación del FBI en Miami, tras distribuir a los G-men, se encaró con Farish.

—Ni hablar de entregar esos documentos —dijo—. Foreman y yo hemos estado en contacto con nuestras jefaturas en Washington, y hemos llegado a un acuerdo. El servicio de seguridad trabajará en la parte material del asunto, esto es, con la intervención directa de sus hombres. El FBI se encarga de la investigación técnica, y por supuesto, también en intervención directa... ¿Cómo está tu profe?

—Dormido, supongo. No se ha movido en todo el tiempo. Supongo que será por efecto del sedante que le administró el doctor Braden.

—Bien. Por supuesto que no vamos a molestarlo para que nos diga dónde tiene escondida la copia de esos documentos. Y ya

veremos qué pasa.

—¿Sabe lo que me tiene más irritado, señor?

—¿Qué?

—Pues que no tengo ni idea de por qué estamos luchando. Sé que son documentos muy importantes, no sólo por lo que me dijo mi profe y las evidencias, sino porque anoche, cuando los entregué a aquella persona en Washington, el hombre casi se me desmayó al decirle que lo había llevado yo solo, en un bolsillo de la chaqueta. Luego dijo gracias y que va podía regresar a Miami... Pero ni una sola palabra sobre los documentos. ¿Usted sabe algo?

—Sólo sé que esos documentos han recibido una denominación especial: Plan Alas de Oro.

—¿Alas de oro? Vaya... Podría ser algo referente a nuestra aviación, quizá.

—Ni idea, Clem. Ahí viene Foreman.

El tipo alto y fuerte, de gesto adusto, que había ocupado la jefatura del servicio de seguridad forzosamente abandonada por Overbeck, llegó junto a ellos, y señaló el exterior.

—Están dando batidas, ampliando cada vez más el perímetro. Pero si quieren que les diga la verdad, a mí, eso de bombardear la casa me parece una fanfarronada.

—Puesto que nos vamos a quedar aquí, más vale que lo sea —dijo Clem.

Foreman se permitió una sonrisa. Miró a Gordon.

—¿Cómo va todo eso de las huellas del camión?

—Están trabajando en ello, pero lentamente; porque han de hacerlo con focos, y corren el riesgo de estropear las huellas de los neumáticos en la tierra si no van con cuidado.

—Se ha armado una buena, ¿verdad? —murmuró Foreman.

—Sí —dijo apaciblemente el inspector Gordon—. Lo cual no habría ocurrido si el señor Amberson y Clem Farish no hubiesen depositado ya en Washington el plan Alas de Oro, pues esos tipos que se llevaron el portafolios ya tendrían los documentos, y no nos, molestarían.

Foreman enrojeció un poco, abrió la boca, la cerró, dio media vuelta y se alejó.

—Caracoles, señor —sonrió Clem—, ¿no le parece que ha sido usted demasiado duro con ese hombre?

—Estos tipos de la CIA son unos fanfarrones, y tienen más mala uva que un corsario —gruñó Gordon—, les va bien enterarse que de cuando en cuando los demás también hacemos cosas útiles para el gobierno.

—¿Cree usted que Foreman habrá oído hablar del FBI?

Gordon miró, pasmado, al

G-man.

Pero de pronto se echó a reír, y miró su reloj.

—¿Cuánto falta para que vuelva a llamar ese tipo?

—Un cuarto de hora, más o menos. La señorita Hilton está en el despacho, esperando la llamada. Me pregunto, señor, qué le vamos a decir exactamente a ese sujeto.

—¿Tú qué crees?

—Lo que creo es que deben estar vigilando la casa, y que naturalmente han visto llegar esta oleada de personal. Así que deberíamos pensar muy bien qué es exactamente lo que vamos a decirle al sujeto en cuestión.

—Él ya lo habrá adivinado, Clem: no hay trato.

—Usted piensa que con un poco de suerte quizá entren en acción y podamos localizarlos, ¿no es así? Pero si realmente disponen de medios para bombardear esta casa, no lo vamos a pasar divertido.

—En algunas cosas tengo que estar de acuerdo con Foreman, eso no es más que una fanfarronada.

—Podría no serlo, señor.

—Vaya —frunció el ceño el inspector Gordon—, no sabía que fuese un gafe, muchacho.

—Verá, señor. Puesto que usted me lo ha preguntado, le diré lo que realmente creo que deberíamos decirle a ese sujeto: que sí, que de acuerdo, que nos diga dónde, cuándo y cómo debemos entregarle el plan Alas de Oro.

—Ya pensé en eso. Y es una trampa demasiado ingenua, Clem: no caerán en ella. Sí...

Podríamos decirle que aceptamos, y tenderles una trampa. De verdad, lo he pensado. Soy zorro viejo en estas cosas. Pero no creo que estemos tratando con tontos, sería perder el tiempo.

—Era sólo una idea, señor.

—Archívala —sonrió amablemente Gordon—, quizá sirva en

otra ocasión. Bueno, vamos a ver a esa secretaria, y a hacerle compañía hasta que vuelva a llamar ese tipo. ¿O no es necesario que conteste ella misma?

Ahora le tocó a Clem Farish poner cara de pasmo.

—No lo sé. Esperemos la llamada.

La llamada se produjo cuando hacía exactamente una hora que había sonado la anterior, esto es, a las seis y cinco de la mañana. Y fue Clem Farish quien contestó al teléfono.

—¿Diga?

—¿...?

Clem abrió la boca, titubeó, encogió los hombros, y se volvió hacia Janice Hilton y el inspector Gordon.

—Es el de antes, desde luego —dijo, tapando el micrófono con una mano—. Y pide por usted, señorita Hilton. No vale la pena que yo me moleste... ¿Recuerda lo que tiene que decirle?

—Sí... Sí, señor, sí...

—Pues dígaselo.

Le tendió el auricular, y Janice lo tomó, con mano rígida, fría.

—¿Di... diga...?

—¿...?

—Sí, señor...

—¿...?

—Bu-bueno, ya... ya les dije todo eso, sí... Me... me dicen que... que no hay trato, que no piensan entregar nada a nadie.

—Oh... Oh, Dios mío...

Pe-pero,

señor, le...

No dijo nada más. Apartó el auricular de su oreja, y miró a Gordon y Farish, que estaban cerca de ella, y luego a Foreman, que la miraba hoscamente desde la puerta.

—¿Qué pasa? —Gruñó Foreman.

—Ha... ha colgado...

—Normal —dijo Gordon—. Ha comprendido perfectamente nuestra actitud, no hacía falta echarle un discurso.

—A-a-ahora bom-bar-bar... bombar...

—No bombardearán nada —la tranquilizó Clem—. Tan sólo con que lanzasen una bomba o una granada serían localizados, y ellos lo saben. Lo han intentado, eso es todo.

—Insisto en que es una fanfarronada —dijo Foreman.

—Naturalmente —dijo Clem—. De todos modos, señorita Hilton, quizá sería mejor que usted abandonase la casa. Y no debe temer nada. Algunos de mis compañeros la acompañarán adónde usted quiera... Me parece —sonrió al ver la expresión de Janice Hilton—, que no le estoy sugiriendo nada que le guste, ¿verdad?

—¡Si salgo, me verán y me... me...!

—Será mejor que vaya arriba, con el señor Amberson y mi prometida. ¿Le gusta eso más?

—La... la verdad es que no me gusta nada de nada, pero con todos ustedes me... me siento más protegida.

—Está bien. Vaya allá. Y no se preocupe, todo es una fanfarronada.

CAPÍTULO VI

A las siete de la mañana, la cosa estaba quedando en fanfarronada, desde luego. Ya se veía el resplandor del sol, y eso traía a todos un cierto alivio que ninguno quería admitir. Clem Farish había preparado café en la cocina, y todos los que estaban en la casa o el jardín se acercaron a tomar una taza.

Por todas partes se veían hombres con el bulto de la pistola en el sobaco izquierdo, mirándose unos a otros en silencio. La situación quizá no fuese peligrosa, pero era absurda a más no poder, el FBI y el servicio de seguridad esperando un bombardeo.

—Y lo más irritante de todo —dijo de pronto Foreman—, es que no podemos hacer nada más que esto: esperar. Aunque yo me pregunto: ¿qué esperamos?

—Pronto sabremos a qué atenemos respecto al camión —dijo Gordon.

—¿Y qué? Sabremos qué neumáticos utiliza ese camión, de acuerdo. ¿Qué ganaremos con ello? Porque no irá usted a decirme que vamos a permanecer aquí hasta que el FBI siga la pista de esos neumáticos, encuentre el camión, y por lo tanto a esos tipos... Es increíble, ¿no le parece?

El inspector Gordon masculló algo, encendió un cigarrillo, y se acercó a la gran ventana del despacho, desde la cual se podía ver el jardín. El silencio era tal que todos oyeron perfectamente el zumbido de su pequeña radio de bolsillo, que sacó rápidamente.

—¿Qué hay?

—Señor, se acerca una camioneta —oyeron los demás la voz del agente del FBI, muy apagada—. ¿La detenemos?

—¡Claro que sí! ¡Y mucho cuidado, Griffin!

—Sí, señor.

—Infórmame inmediatamente.

—Sí, señor.

Gordon se guardó la radio, y volvió a mirar hacia el jardín. Nadie dijo nada. Tres minutos más tarde, volvió a sonar la radio de bolsillo.

—Dime, Griffin.

—Es un médico, señor. El doctor Braden. Dice que un tal Overbeck y Clem le conocen, que viene a ver cómo sigue el señor Amberson.

Gordon estaba ya mirando a Farish, el cual asintió con la cabeza.

—Dejadlo pasar, Griffin.

—Sí, señor.

De nuevo cortó Gordon la comunicación, sin dejar de mirar a Farish.

—Nos habíamos olvidado de ese médico.

—Se habrá llevado un buen susto —sonrió Clem—. Será mejor que salga a recibirlo.

Elvis Braden llegó poco después, con expresión preocupada, pero enseguida mostró su alivio al ver a Clem, que le abrió la puerta de la camioneta-ambulancia, sonriendo.

—Caray, señor Farish...

—Tranquilícese, doctor. ¿Viene usted a ver su paciente?

—Si no van a meterme una pistola por las narices, sí. Le diré la verdad: casi no he podido dormir.

Clem señaló hacia la casa, y los dos caminaron hacia allá.

—¿Por qué? —preguntó.

—He estado repasando unos libros de cirugía especializados en heridas en el cuello... ¿Recuerda que dije que el señor Amberson tenía una herida ahí? Pues bien. Bueno... ¿Cómo ha pasado la noche?

—Bien... Muy bien. Durmiendo tan tranquilo.

—¿De veras? —Braden se detuvo, y se pasó una mano por la mandíbula—. Pues no sabe cuánto me alegro, pero...

—¿Qué? —se alarmó Clem.

—Vaya, no es fácil decir esto, señor Farish: quisiera llevar al señor Amberson a un hospital. Es por la herida del cuello. Mire, yo no soy especialista, ¿comprende? Y la verdad, después de haber repasado ese viejo libro, preferiría... Demonios, ¿cómo puedo decírselo? En fin, preferiría... sentirme libre de la responsabilidad de esa herida.

—Entiendo —murmuró Clem, sombrío—. Pero el señor Amberson ha pasado la noche muy bien, de veras.

—Pues realmente no sé si alegrarme de eso... ¿Puedo subir a verlo?

—Desde luego. Pero si usted cree que debe ser llevado a un hospital, podríamos ahorrar tiempo. Llamaré a una ambulancia...

—Tonterías. Lo puedo llevar yo mismo, se lo aseguro. Y también le aseguro que cuanto antes lo hagamos, mejor. Podemos bajarlo en una manta, acomodarlo en mi camioneta, y antes de media hora estará en un hospital. Es lo mejor.

—Está bien. Le ayudaremos a bajarlo, y algunos de nosotros irán detrás de su camioneta, en un coche. ¿Hay inconveniente en que mi prometida y yo vayamos con el señor Amberson?

—Por supuesto que no.

Subieron rápidamente al dormitorio, y el doctor Braden se inclinó sobre el inmóvil herido, colocando una oreja encima de su boca; es decir, en la rendija que se había dejado entre los densos vendajes.

—Nos lo tenemos que llevar —musitó—. ¡Y pronto!

—Avisaré a dos de mis compañeros —dijo Clem, tenso.

Salió del dormitorio, se asomó al vestíbulo, y pidió que dos de los hombres que había abajo subieran a ayudarlos. Cuando se volvió, tropezó con Rachel, que estaba a su lado.

—Oh, perdona. Vamos a...

—Clem: ¿recuerdas que antes quise decirte algo?

—Mmm... Sí. Sí, es cierto, lo había olvidado.

—Pues bien: los...

—Luego —pidió el

G-man

—. Por favor, querida, luego.

—No —dijo ella—. Ahora.

Clem, que se disponía a regresar al dormitorio, se detuvo en seco, y se quedó mirándola fijamente.

—Parece que es algo importante —musitó.

—Quizá te parezca una tontería —se disculpó ella—, pero creo que debo decírtelo. He estado esperando que subieses a hablar conmigo, pero supongo que has estado muy ocupado por ahí abajo. Y si no se fuesen a llevar a tu profe, todavía podría esperar más,

pero sí...

—¿Clem? —preguntó uno de los dos

G-men

que habían subido rápidamente.

—Ayudad al doctor Braden a trasladar al señor Amberson a su camioneta. Con cuidado, muchachos.

—Descuida.

Farish volvió a mirar a Rachel, preocupado, distraído.

—Está bien, dímelo: ¿qué es lo que pasa?

—Clem, ya te digo que quizá sean tonterías mías, así que si luego...

—¡Oh, vamos, Rachel!

—Está bien. ¿Fue el doctor Braden quién colocó los vendajes a tu profe?

—Emmm... sí. Sí, en efecto.

—Ah. Bueno, realmente hay muchos médicos que pierden la práctica en esas cosas, pero de todos modos, me permitiría aconsejar al doctor Braden que se molestase en repasar la técnica de los vendajes.

—¿Qué quieres decir?

—Conozco a muchos médicos. Algunos de ellos, como te digo, realizan a veces vendajes un poco torpes... Pero siempre siguiendo una determinada técnica. La cabeza se venda de una manera, los pies de otra, las manos de otra, el tórax de otra... ¿Comprendes?

—Claro —parpadeó el

G-man.

—Yo diría que el doctor Braden no tiene precisamente una idea muy clara al respecto. Para ser médico, ha hecho unos vendajes muy toscos.

—A mí me parecen bien colocados.

—A mí no. Y de vendajes no vas a enseñarme nada, Clem.

—Bueno... Vaya, yo...

Se volvió hacia la puerta del dormitorio. Entre los dos

G-men

y el doctor Braden estaban sacando al herido, llevándolo con todo cuidado, en posición horizontal y envuelto en una manta.

—Voy a adelantarme, señor Farish —dijo Braden—. Cuanto antes lleguemos al hospital, mejor.

—Sí... Sí, salimos enseguida detrás de usted, doctor... Enseguida.

—De acuerdo.

El herido fue bajado por la escalera, siempre con gran cuidado. Detrás, iba la señorita Hilton, que parecía un perrillo en pos de su amo. Farish estuvo mirando la silenciosa comitiva, y de pronto, cuando ya todos estaban abajo, miró de nuevo a Rachel.

—Está bien —refunfuñó—. Supongo que te das cuenta de lo que estás diciendo, Rachel.

—Sólo digo que esos vendajes están muy mal colocados... si lo consideramos desde un punto de vista estrictamente profesional.

Clem Farish la miraba fijamente, pero parecía no verla, como si no se hallase allí. En realidad, su mirada se difuminaba, se perdía dentro de los hermosos ojos azules de Rachel.

—¿Dirías que no los ha colocado un médico? —susurró.

—Oh, yo no digo que el doctor Braden no sea... ¡Oh!

—¿Dirías eso, Rachel?

—Pu-pues... Bueno, creo... creo que sí, que hasta me atrevería a decir eso, Clem.

El agente del FBI estaba pálido como un muerto.

—Quédate aquí —dijo.

—Pero sí...

—¡Quédate aquí! ¡No se te ocurra bajar!

En cambio, él se lanzó escaleras abajo a toda velocidad. Salió de la casa cuando, delante de ésta, al otro lado de la blanca vallita, el herido acababa de ser instalado en la camioneta-ambulancia, y el doctor Braden conversaba con uno de los

G-men

que le había ayudado...

—¡Doctor! —llamó.

Braden se volvió, con gesto preocupado.

—Señor Farish, ¿vienen o no usted y su novia?

—Espere un momento, por favor.

—No tenemos tiempo de...

Clem Farish llegó ante él, miró al herido dentro de la camioneta, y enseguida su mirada pareció clavarse en los ojos de Elvis Braden.

—Con todo este jaleo, hay una cosa que hemos pasado por alto, doctor: interesarnos por usted. No se lo tome a mal, pero... ¿sería

tan amable de enseñarme algún documento personal?

—¿Ahora? —Casi gritó Braden.

—Sí. Ahora, por favor. Y perderemos menos tiempo si usted lo hace que si nos ponemos a discutir.

—No le entiendo a usted —farfulló Braden—, pero está bien. Supongo que alguno debo llevar en la guantera. Se lo traeré.

—Voy con usted.

Caminaron por el lado izquierdo de la camioneta, hacia la portezuela del volante. Estaban ya ante ella cuando Braden se volvió velozmente, alzando la rodilla con violencia, hundiéndola en el bajo vientre de Clem Farish. El

G-man,

lanzó un gemido, se encogió, y cayó hacia delante, lívido, demudado el rostro... mientras Braden, aprovechando el momentáneo estupor de todos, saltaban ante el volante, y ponía el coche en marcha rápidamente. El vehículo pareció saltar, todavía abiertas las puertas de atrás.

Los dos agentes del FBI que habían ayudado a transportar al herido saltaron hacia la parte de atrás de la camioneta, y pareció que la iban a alcanzar...

Fue entonces cuando intervino el herido. De su vendada mano derecha brotó un fogonazo, y uno de los

G-men

lanzó un alarido y cayó hacia delante, mientras el otro, sobresaltado y desconcertado, palidísimo, perdía la oportunidad de saltar dentro de la camioneta, y, viéndose apuntado por el herido, sentado ahora, se tiraba al suelo siguiendo la dirección de su carrera... Otro fogonazo brilló sobre las vendas, pero esta vez, la bala no hizo blanco.

Y de rodillas en el suelo, desorbitados los ojos, Clem Farish reaccionó como un autómatas contra el hombre que había disparado contra sus dos compañeros: sacó la pistola y disparó, sin más, sin apuntar, sin complicaciones.

El herido pareció saltar dentro del amplio espacio de la camioneta, cayó de rodillas muy cerca del borde de las puertas, y volvió a gritar cuando la camioneta efectuó otro zigzag... Salió disparado fuera del vehículo, rodando por el suelo... mientras Clem Farish disparaba de nuevo. Una de las ruedas de atrás de la

camioneta reventó, con fuerte estampido, y el vehículo se bamboleó, giró casi hasta colocarse de lado... y el

G-man

volvió a disparar, ahora hacia la ventanilla del lado del volante.

La camioneta giró de nuevo, ahora hacia la derecha, y siguió su marcha por la avenida, describiendo una línea ondulada... hasta que fue a estrellarse contra una de las palmeras. Fragor de cristales rotos, crujidos, de la chapa metálica al retorcerse, rechinar de neumáticos.

Y de pronto el silencio.

El agente del FBI que se había tirado al suelo para evitar el segundo disparo del herido, se acercó a su compañero, tambaleándose. Dos hombres del servicio de seguridad y otros dos del FBI acudían corriendo. Foreman y Gordon, como petrificados, vieron a la vez cómo el herido tan profusamente vendado, el profe, alzaba la cabeza, localizaba a Clem Farish, y alzaba la vendada mano derecha...

Los dos hombres dispararon a la vez. Una de las balas se hundió en el hombro del herido rozando la parte de la oreja. La otra le acertó de lleno en el centro de la cabeza, también como llegando de arriba, y desapareció entre los vendajes y la propia cabeza. El profe ya no se movió más, desde luego.

—¡La camioneta! —gritó Foreman.

Sus dos hombres corrieron hacia allá, mientras los del FBI llegaban, uno junto a Clem, ayudándole a ponerse en pie, y el otro junto al herido y el que ya le estaba ayudando.

—Clem, ¿estás bien?

—Lo hemos matado... ¡Lo he matado! —Farish parecía incapaz de dejar de mirar al profe—. Santo Dios, ¡hemos matado a mi profe...!

Pe-pero

él... él quería... matarme a mí, y... y disparó contra...

Se desasíó de un tirón de las manos de su solícito compañero, y corrieron los dos hacia el herido

G-man.

Los otros dos no les dieron tiempo ni a preguntar:

—En el pecho. Pero está vivo... Charles, llama a una ambulancia, ¡deprisa!

Clem se incorporó. Se sentía todavía mareado por el terrible golpe recibido entre las ingles. Sentía frío, náuseas... Miró al profe, y se estremeció. Le parecía que estaba flotando dentro de una nube oscura, que les impedía darse cuenta de nada, enterarse de lo que estaba ocurriendo. Miraba regresar a los dos agentes del servicio de seguridad, pero no los veía. Oyó que decían: ese médico está muerto, tiene una bala dentro de una oreja... pero realmente no los escuchaba.

—Será mejor que guardes ya la pistola —oyó.

Parpadeó, y entonces, sí, vio realmente lo que miraba. El inspector Gordon estaba ante él, contemplándolo atentamente.

—Sí, señor... Sí.

Se guardó la pistola, retirando la mano a tiempo para que Rachel llegase corriendo y se abrazase a él. Esto sí lo entendía. Esto tenía lógica: ella le amaba, así que llegaba corriendo, y se abrazaba a él, aliviada, contenta de que no le hubiese ocurrido nada. Esto era de una lógica perfecta. Pero... ¿tenía sentido que su querido profe hubiese querido matarlo? Porque lo había visto claramente... Primero, había disparado contra Edgar, hiriéndolo; luego, contra Terence, que ya había caído al suelo... o se había tirado. Y después, quiso disparar contra él. Contra él, contra Clem Farish, su alumno preferido.

—Ve a traerme unas tijeras —dijo de pronto.

Rachel le miró; estaba pálida, asustada. Lógico.

—Clem, ¿estás bien?

—Ve a buscar unas tijeras —insistió él.

Rachel echó a correr hacia la casa, mientras Clem le hacía una seña al inspector Gordon y caminaba hacia el profe. Se arrodilló a su lado, y le dio la vuelta, dejándolo de cara al cielo ya lleno de sol.

—¿Qué pasa, Clem?

El

G-man

no contestó. Estaba mirando las tres heridas del profe: la suya, en el pecho, y las de Foreman y Gordon. Las vendas de la cabeza estaban empapándose rápidamente en sangre; la bala debía haber penetrado limpiamente en el cerebro después de atravesarlas...

Rachel llegó con las tijeras, y las tendió al agente del FBI que cortó los vendajes de la mano derecha del cadáver. Nadie se

sorprendió al ver aquella mano crispada empuñando una pistola... El doctor Braden, o quien quiera, que fuese aquel hombre, había vendado la mano de tal modo que aquel hombre disponía en todo momento de un arma empuñada, lista para disparar... Pero eso ya lo sabían, no hubo sorpresa.

La sorpresa llegó cuando Clem Farish cortó los vendajes de la cabeza, dejando al descubierto el rostro de aquel hombre. Rachel lanzó una exclamación, llevándose las manos a la boca.

—¡No es el señor Amberson! —gritó.

—¿Qué? —Se pasmó Gordon.

—No es mi profe —dijo con extraña voz Clem Farish—. ¡Por Dios, no podía serlo!

Gordon, boquiabierto, contemplaba el rostro crispado del cadáver.

—Pero entonces... ¿quién es? —murmuró.

—No lo sé, señor. Pero no podía ser mi profe. Quizá la señorita Hilton conozca a este hombre... Que vayan a buscarla.

Janice Hilton estaba ya palidísima cuando se detuvo junto al suplantador, al que contempló con su ya habitual expresión desorbitada.

—¿Lo conoce, señorita Hilton? —preguntó Clem.

—No... No, no. Jamás... lo había visto...

—¿Está segura? —intervino Gordon—. Piénselo bien, reflexione... Quizá era alguien que conocía al señor Amberson, que estuvo alguna vez en la casa, o...

—No... Si estuvo, yo no lo vi nunca.

Gordon insistía, mientras Clem contemplaba el cadáver. Aquel hombre estaba en pijama, desde luego... Le habían llevado desde la casa del doctor Braden vestido, pero al llegar a la casa de Douglas Amberson le habían puesto uno de sus pijamas. La cara no se parecía, ni mucho menos, a la del profe, pero sí el cuerpo, rechoncho, de estatura mediana. Clem recordó que había puesto una mano sobre el pecho de aquel hombre, notando el latir del corazón, alterado, pero fuerte. Si alguna vez hubiese visto desnudo a Amberson, habría podido identificar el pecho, pero, ciertamente, el Gran Doug no había compartido con él los vestuarios deportivos, así que, ¿cómo demonios podía haberlo visto desnudo?

En cuanto al fuerte y alterado latir del corazón de aquel hombre

cuando le puso la mano en el pecho, era lógico: el suplantador estaba asustado, tenso, listo para dispararle a quemarropa si él descubría algo...

Alzó la cabeza, de pronto y dijo.

—No creo que nos solucionase gran cosa saber quién es este hombre, señor. Lo importante es saber dónde está mi profe. Me pregunto si lo tienen secuestrado, o... lo han matado.

—Creo que deberíamos interesarnos por el médico y por este tipo, Clem. Obtengamos sus huellas, y quizá en los ficheros de Washington puedan aclararnos algo.

Clem asintió con la cabeza, sombrío. Desde luego, no había en la cara del suplantador la menor señal de heridas producidas por cristales. Tampoco en la mano derecha, con la que había empuñado la pistola todo el tiempo. Y por supuesto, tampoco tendría heridas en la izquierda... Sería fácil obtener sus huellas digitales. Clem cortó los vendajes de la mano izquierda, y los retiró; al moverlos, cayó algo al suelo, y rodó unos centímetros.

Por unos instantes, todos creyeron que era un cigarrillo, y lo miraron, asombrados, desconcertados. Enseguida, Clem lo cogió, y comenzó a desplegarlo. Era un rollo de papel muy fino, cuya anchura era la longitud de un cigarrillo, y cuya longitud alcanzaba el medio metro. Estaba escrito a mano, con letra menuda, apretada. El

G-man

le dio la vuelta, colocándolo de nuevo ante él como si se dispusiera a leer un bando, separadas sus manos por toda la longitud del papel.

Foreman y Gordon se habían apresurado a inclinarse hacia el papel, y el primero masculló:

—Pero ¿qué demonios pone ahí?

—Ni idea, señor —movió la cabeza Clem.

—Está escrito en griego —dijo Foreman.

—¿Y cómo lo sabe usted? —Lo miró Gordon.

Vio la seca sonrisa de Foreman, y cerró los ojos. Cuando le llegó la andanada, tuvo que admitir que se la había ganado.

—Porque estudié algo de griego... ¿Los del FBI no saben griego? —preguntó amablemente Foreman.

El inspector Gordon abrió los ojos, y consiguió una sonrisa de

buena voluntad.

—De acuerdo, Foreman: empatados. ¿Puede leer lo que pone en el papel?

—Bueno, tampoco soy un experto, la verdad... Pero sí puedo decirte algo: se menciona el plan Alas de Oro.

CAPÍTULO VII

A las nueve de la mañana, reunidos en el despacho de Douglas Amberson, Foreman, Gordon y Clem Farish iban encajando, como podían, las piezas del rompecabezas.

—Desde luego, debían tener preparada la fuga —decía el inspector Gordon—. Braden nos coloca primero a ese sujeto que suplantó al señor Amberson, para que él recoja ese rollo de papel, la copia del plan Alas de Oro. Luego, viene a recogerlo. Sabe que el falso Amberson tiene una pistola, naturalmente, de modo que, si alguien hubiese ido con ellos en su furgoneta, habría sido asesinado...

—¿Y el coche nuestro que habría ido detrás? —musitó el G-man.

—No cabe duda de que eso también debían tenerlo previsto —intervino Foreman—. Me atrevo a suponer que muy cerca de Miami debía estar esperando el mismo camión, quizá pintado de otro color. El camión habría esperado a que pasase la furgoneta de Braden; luego, aparece en la carretera, cortando el paso a nuestro coche, el conductor salta, corre hacia la furgoneta, salta a la parte de atrás, que el falso señor Amberson habría abierto, y escapan los tres, llevándose, la copia del plan Alas de Oro.

—No está mal —admitió Gordon—. Sí, es posible.

—Yo también estoy de acuerdo —asintió Farish—. En cuanto a lo del bombardeo, supongo que fue una treta para tenemos a todos en movimiento y muy ocupados... y preocupados, de tal modo que cuando se presentó Braden con el cuento de que había repasado unos libros de cirugía y prefería llevar al profe a Miami, la idea nos pareció buena: sacar de la casa al señor Amberson, por si, en efecto, había por ahí unos cuantos locos dispuestos a enviarnos algunas granadas. Y además, claro, la preocupación de lo que pudiese ocurrirle a mi profe si no lo llevábamos cuanto antes a un hospital.

—Muy bien, vamos a aceptar ésa; parte —movió la cabeza el inspector Gordon—. Hablemos ahora del pían Alas de Oro. ¿Cómo podía saber el falso Amberson dónde estaba? Es evidente que lo colocaron en la casa para que lo recogiese, desde luego. ¿O no?

—Yo diría que sí, señor —aceptó Farish—. Debían saber muy bien que aunque el señor Amberson se ausentase, siempre quedaban en la casa algunos hombres del servicio de seguridad, desde el día en que ya vinieron a buscar el plan. Por lo tanto, no les bastaba la ausencia de mi profe, ya que de todos modos, no podrían entrar y dedicarse a buscarlo cómodamente... de nuevo. Así que tenían que colocar aquí a ese sujeto, del cual nadie sospecharía, para que recogiese el plan.

—Sí, sí, pero... ¿cómo podía saber ese hombre dónde estaba el plan? Además, entiendo que no se movió del dormitorio... Ni siquiera de la cama.

—¿Estuvo solo en algunos momentos en el dormitorio? —preguntó Foreman.

Clem Farish asintió hoscamente.

—Sí, en varias ocasiones. Pero muy poco tiempo, apenas un par de minutos.

—Es tiempo suficiente si ese sujeto sabía dónde buscar.

—Pera, ¿cómo lo sabía? —insistió Gordon.

—Me parece que el señor Foreman ha dado en el clavo —dijo Clem—. Está bien claro que esa gente tiene al señor Amberson, así que le obligaron a decir dónde tenía escondida la copia del plan, mientras Braden preparaba al falso señor Amberson, vendándolo. En cuanto supieron que la copia estaba en el dormitorio del señor Amberson, llamaron por teléfono a Braden, y éste se lo dijo al sujeto. Lo trajeron aquí, tal como ya estaba previsto, y en cuanto tuvo oportunidad el falso señor Amberson cogió la copia...

—¿Y si no hubiese estado en el dormitorio?

—Pues quizá Braden se las habría arreglado para cogerla él, quedándose un momento a solas en el despacho, o donde quiera que estuviese la copa. O sencillamente, quizá esta mañana el profe habría dado a entender que se sentía bien, que quería caminar un poco, y habría bajado al despacho.

—Es bastante complicado —musitó Gordon—. Y muy difícil todo esto, Clem. Para hacer una cosa así, hay que tener mucha

experiencia en estos asuntos, y tener unos nervios de acero. Y luego, está lo del doctor Braden. Ya hemos comprobado que hace tiempo que vive en Pompano Beach, pues consta en el listín telefónico... ¿Por qué habría de complicarse la vida un médico?

—Por dinero.

No —movió la cabeza Foreman—. Ciertamente es que se puede sobornar a cualquiera, lo sé muy bien. Pero, realmente, ¿ustedes creen que un médico cualquiera, un ciudadano normal y corriente, puede de pronto colaborar con esa clase de gente con la serenidad con que lo hacía Braden?

—Pienso que quizá ese médico hacía mucho tiempo que estaba esperando este momento para intervenir, lo cual justificaría que apareciese tan oportunamente cuando el accidente, antes que nadie. Claro: tenía que llevarse al señor Amberson a su casa... No. No, no, no...

—Más fácil todavía, ¿verdad? —Comprendió Farish—. Él ya tenía en su casa preparado el falso señor Amberson. Y los otros, los amigos de Braden, se llevaron al verdadero; En cuanto al doctor Braden, desde luego que apareció muy oportunamente. Ya que estaba esperando su... entrada en escena. Pero, más que admitir que hiciese mucho tiempo que estuviese esperando aquello, yo creo que ese Braden no era Braden. ¿Está usted de acuerdo, señor Foreman?

—Pues sí, francamente.

—Me parece que yo también tengo que estar de acuerdo —dijo Gordon—. Si lo que querían era atacar el coche y llevarse el portafolios que ellos creían contenía el plan... ¿para qué organizar toda esta comedia?

—Entonces, sólo hay una conclusión posible, ¿verdad? —resumió Clem—. Sabían que en el portafolios no encontrarían nada, y que si querían el plan debían llegar hasta esta casa y coger la copia... Copia cuya existencia también conocían. Es decir, que lo sabían todo. Pero, no pudieron saberlo antes del momento en que yo salí hacia Washington. Y a partir de ese momento, hasta que pusieron en práctica el plan, sólo dispusieron de unas veintidós horas para montarlo. Por lo tanto, no podemos admitir que hubiesen colocado allí a Braden hace tiempo. Y por lo tanto, ese Braden era un tipo que ocupó su lugar.

—Y entonces... ¿dónde está el verdadero doctor Braden?

—Supongo que con el profe.

—Eso implica que tienen a dos personas secuestradas.

—¿Por qué a dos? No sabemos nada del doctor Braden, no tuvimos tiempo de investigarlo... Ni se nos ocurrió, tal como estaban las cosas.

—Pronto sabremos algo al respecto —dijo Gordon—. Y ya que estamos aclarando las cosas, hay una pregunta inevitable: ¿cómo supo esa gente que el portafolios de Amberson no contendría el plan? ¿Cómo lo supo todo, para colocarlo al falso Amberson?

—Evidentemente —susurró Clem—, alguien se lo dijo, señor.

—Bien... ¿quién?

—No sé. Solamente lo sabíamos cuatro personas: el profe, Rachel, la señora Hilton y yo.

—Me imagino que podemos descartaros a ti y al señor Amberson, ¿no? —deslizó el inspector Gordon.

—Sí, señor —palideció Clem.

—Entonces, sólo quedan la señorita Thilford y la señorita Hilton, ¿verdad?

—Sí —se oyó apenas la voz del G-man.

—Y la señorita Hilton, ¿cuánto tiempo llevaba trabajando con el señor Amberson?

—Algo más de un par de años...

—¿Cuánto hace que conoces a la señorita Thilford, Clem?

—No llega... a mes y medio, señor.

Los tres quedaron silenciosos. Clem había bajado la cabeza. Foreman y Gordon se miraban. Por fin, Foreman dijo:

—Entiendo que usted envió a la señorita Thilford a su casa, Farish.

—Sí. Ya no había herido que cuidar, y no me pareció que su presencia aquí fuese adecuada. Sé lo que están pensando, pero ella no pudo...

Los tres oyeron el suave zumbido de la radio de bolsillo de Gordon, que la sacó rápidamente.

—¿Sí?

—Señor, creemos haber encontrado el camión.

Foreman y Farish se acercaron rápidamente a Gordon, que preguntaba:

—¿Dónde?

—Cerca del cruce de la Nacional 1 y la A1. Uno de los motoristas de la Highway Patrol lo vio, fuera de la carretera, abandonado...

—¿Cómo sabéis que ése es el camión? —Gruñó Gordon.

—Parece que las huellas de los neumáticos pueden coincidir, señor. Además, la pintura todavía está fresca. Pensamos...

—Entiendo. No lo mováis de ahí, pero empezad a obtener huellas. Iré en cuanto me sea posible.

—Muy bien, señor.

Gordon cerró la radio, la guardó, y se puso en pie.

—Han abandonado el camión... lo cual es tanto como abandonar el plan de recuperar el falso Amberson. Es decir, que también saben que han fallado. Y, por supuesto, no temen que el camión pueda servirnos de algo. Simplemente, ya no lo necesitan, y lo han dejado tirado por ahí. Pero de todo esto tiene que salir algo, qué demonios: tenemos dos hombres muertos cuyas huellas pueden aportar alguna pista, y tenemos el camión... y tenemos a la señorita Thilford.

—Ella no pudo ser, señor.

—¿Por qué no?

—Porque Rachel fue quien me hizo notar los torpes vendajes de aquel tipo. Si no hubiese sido por ella, quizá el falso señor Amberson, el falso doctor Braden y la copia del plan, estarían muy lejos de nosotros en estos momentos.

—Eso es cierto, desde luego —admitió Gordon—. Vaya... Parece que sólo nos queda la señorita Hilton, en tal caso. A menos que tu novia consiguiese obtener, por ejemplo, unas microfotos del plan Alas de Oro y que a partir de ese momento el plan de esa gente fuese, precisamente, que nosotros liquidásemos a sus dos cómplices. Les ahorraríamos trabajo. Y por eso podía convenir delatarlos... ¿Qué te parece esto?

—Pero el camión estaba esperando...

—Se ha encontrado un camión abandonado. Quizá sea el mismo, pero es muy posible que esté allí precisamente para que pensemos que ellos querían realmente rescatar al doctor Braden y al otro.

—Y la coartada de la señorita Thilford sería perfecta —remachó Foreman.

—Y ella se habría marchado de aquí con microfotos del plan Alas de Oro —sentenció Gordon.

Clem Farish parecía recibir un golpe en pleno pecho a cada palabra que pronunciaban Foreman y Gordon. Pero acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No, no, no... Sé que no ha podido ser ella, señor.

—¿Por qué no?

—Es que... No sé... ¡Hay algo que me tiene preocupado. Es una idea, un pensamiento, algo que no consigo situar en mi mente, pero que no encaja con Radie!

—Yo no sé si su jefe le entiende, Farish —masculló Foreman—, pero desde luego yo no le entiendo nada.

—Es que... ni yo mismo me entiendo. Es algo que...

—Clem —Gordon le puso una mano en el brazo—, te diré lo que vamos a hacer... Mejor dicho, te diré lo que vas a hacer: irás a buscar a la señorita Thilford a su apartamento y la llevarás a mi despacho en la delegación. Luego...

Diez minutos más tarde, Farish se alejaba en su coche de la casa de su querido profe, hacia el Sur.

Y otros treinta minutos más tarde, detenía el coche delante del edificio donde Rachel ocupaba un apartamento, en la North East 95th Street, Miami Shores, muy cerca del mar. Era un bonito edificio, con amplias terrazas y rodeado de un pequeño jardín. Desde la terraza de Rachel se podía contemplar Biscayne Bay...

Cuando estaba cruzando el vestíbulo hacia el ascensor, el conserje lo miró por encima del periódico, le sonrió y le hizo una seña para que se acercase y dejó el periódico y salió a su encuentro.

—Buenos días —saludó Clem—. Supongo que me recuerda.

—Desde luego, señor. Por eso le he llamado. ¿Viene a ver a la señorita Thilford?

—Sí, claro.

—Pues eso: ella no está.

Clem Farish palideció una vez más en aquel día angustioso para él.

—¿No está? —Casi gimió.

—No, señor —el conserje le miraba con curiosidad—. No está. Se fue con un hombre. Por cierto, qué hoy la vi regresar de la clínica, cosa que me sorprendió. De todos modos, lo sentí por ella.

—¿Qué quiere usted decir? —se desconcertó el G-man.

—Pues que normalmente regresa antes de que yo ocupe mi sitio —señaló la cabina encristalada—. Y que cuando la veo regresar significa que ha tenido más trabajo del normal, ¿comprende?

—Sí... Sí, sí. ¿Cuánto hace que se fue?

—Mmm... Media hora, más o menos. Y parece que estará fuera algunos días.

—¿Por qué supone eso?

—Porque la señorita Thilford llevaba una maleta. Mejor dicho, la llevaba el hombre, pero la maleta era de ella.

Clem Farish se iba sintiendo cada vez más helado, más sobrecogido, más y más triste.

—¿La señorita Thilford no dejó ningún recado para mí... o para alguna otra persona? —No, señor. Me saludó tan simpática como era y se fue.

—¿Quiere decir que ella sonreía, o algo así?

—Pues sí... Bueno, como siempre —el conserje sonrió—. Usted ya conoce a la señorita Thilford, ¿verdad? Es una joven muy amable y simpática.

—Sí... ¿Y el hombre? ¿Lo conocía usted?

—No, señor.

—¿Cómo era?

—¿El hombre? Pues... un hombre normal y corriente. Un poco más bajo que usted, fuerte, muy correcto... Un tipo normal.

—¿Tenía coche esperando?

—Ah, sí, claro...

—¿Se fijó en la matrícula?

—Desde luego que no —se sorprendió el conserje—. ¿Está ocurriendo algo?

—No, no... ¿Le pareció que la señorita Thilford iba de buen grado con ese hombre?

—¡Ya lo creo que sí! Parecía encantada de la vida, si he de ser sincero.

—¿No parecía preocupada?

—En lo más mínimo. Oiga, ¿qué...?

—No se preocupe —murmuró Clem—. No se preocupe. Adiós.

CAPÍTULO VIII

Cuando Clem Farish terminó la explicación, el inspector Gordon movió la cabeza.

—Lo siento, Clem... Lo siento de veras.

—Todavía no puedo creerlo —murmuró el G-man

—. ¿Cómo puedo creer algo así? Todo esto implicaría que desde hace mes y medio habían pensado utilizarme a mí... Pusieron a Rachel en mi camino... Por Dios, ¡es absurdo! ¿Cómo podían saber que mi profesor de historia iba a recurrir a mí para llevar ese maldito plan a Washington, o que intervendría posteriormente en todo lo sucedido? Oh, vamos, ¡es imposible, señor!

—Verdaderamente —volvió a mover la cabeza Gordon—, todo esto parece una novela policíaca mal construida. Las cosas van encajando, sí, pero de un modo tan fantástico, tan improbable... Sin embargo, los hechos son los hechos, Clem.

—Yo estoy seguro de que tiene que existir una explicación mejor que las que vamos encontrando nosotros.

—Ojalá sea así, pero de momento todo hace suponer que a pesar de los esfuerzos de tu profe y de todos nosotros, el plan Alas de Oro ha sido conseguido por esa gente. Y tengo otras malas noticias... Respecto al camión, por ejemplo, parece que sí, que es el que utilizaron para el choque con el coche que conducía al señor Amberson al aeropuerto, pero hay pocas huellas y muy confusas; han estado utilizando guantes; y ya verás cómo resultará que es un camión robado. Luego, respecto al doctor Braden, la peor noticia de todas: existe, en efecto, y tiene esposa y dos hijos.

—¿Y su esposa no sabe...?

—Ésa es la mala noticia, Clem: no ha sido posible hallar ni a la señora Braden ni a los dos niños.

—Dios...

—Quizá los hayan matado —susurró Gordon—. Hemos enviado ya las huellas del falso Braden y del falso Amberson a Washington. Y si esas huellas no nos proporcionan una pista...

No dijo más, y volvió a mover la cabeza, con muy expresivo gesto.

Clem encendió un cigarrillo y quedó pensativo, sombrío. Lo peor de todo aquello era que había algo... algo que desde el principio le había sorprendido, algo que no...

Sonó el teléfono, distrayéndole de sus pensamientos.

El inspector Gordon atendió la llamada.

—Inspector Gordon —dijo.

—¿...?

—¿Clem? Está aquí, en mi despacho.

—¿De veras? Tráelo aquí inmediatamente, James. Sí, hombre, sí, a mi despacho —colgó y se quedó mirando un tanto perplejo a Farish—. Ha llegado a la delegación un muchacho que trae un paquete para ti, Clem.

—¿Un paquete? ¿Qué clase de paquete?

—Pequeño. James, dice que es una caja del tamaño de una mano, aproximadamente.

—Bueno...

—Podría ser una bomba —sonrió secamente Gordon—, ¿verdad? Aunque me pregunto por qué o para qué. Si ya tienen lo que querían, ¿qué iban a ganar matándote?

Se quedaron silenciosos mirándose. A los pocos segundos se oyó la llamada a la puerta, que se abrió seguidamente. El agente James Palmer empujó a un niño de unos ocho años, sonriendo amablemente.

—Ahí tienes al agente del FBI Clem Farish, Eddy.

El niño entró sosteniendo con ambas manos la caja, y mirando a todos lados con los ojos muy abiertos. Por fin, los fijó en Clem, que se había puesto en pie y se estaba ante él.

—¿Es usted el agente del FBI Clem Farish, señor?

—En efecto. ¿Quieres darme el paquete?

—Sí, señor.

Eddy tendió el paquete, y Clem lo tomó, cuidadosamente, sopesándolo. Luego lo agitó suavemente, muy cerca del oído. Miró a Gordon y alzó las cejas y encogió los hombros, antes de pasárselo.

—¿Quién te ha dado este paquete para mí? —preguntó.

—Un hombre. Me dijo que si yo quería, podía hacer algo que sería como trabajar para el FBI, si es que eso me gustaba. ¡Claro que le dije que sí! Entonces me dio el paquete, y me dijo que viniese aquí y se lo entregara a Clem Farish, agente especial... ¿Usted es agente especial? ¿De verdad?

—De verdad —sonrió Clem—. ¿Cómo era ese hombre, Eddy?

—¿Cómo era? —Parpadeó el niño—. Bueno... Era un hombre, no sé... Un hombre.

—¿Era americano, como nosotros... o te pareció que podía ser extranjero, por su modo de hablar?

—A mí me pareció americano —Eddy volvió a abrir mucho los ojos—. ¿Era un espía?

—No lo sabemos aún —sonrió Clem—. Te lo diremos cuando lo sepamos. Mientras tanto, irás con el agente especial Jim Palmer —señaló a su sonriente compañero—, y le dirás dónde vives y todo eso...

—¿Me van a fichar? —exclamó el niño, aterrado.

—¡Claro que no! Lo que vamos a hacer es tomar tus datos para poder recurrir a ti cuando te necesitemos. Oh, bueno, a menos que si alguna vez el FBI te necesita te niegues a colaborar.

—No, señor... ¡No, señor, yo colaboraré!

—Estupendo, Eddy. Ahora —le tendió la mano seriamente—, ve con el agente especial Palmer y dile todo eso. Hasta la vista, compañero.

—Has-has hasta la vista... compañero —se despidió Eddy.

Cuando el agente Palmer, conteniendo sus deseos de reír, hubo cerrado la puerta, Farish se volvió hacia Gordon, que continuaba examinando muy atentamente el paquete.

—Parece que no contiene nada peligroso, pero será mejor que lo hagamos examinar, Clem. Llamaré para que venga a buscarlo alguien del laboratorio.

Diez minutos más tarde, el paquete volvía a manos de Clem Farish, y el empleado del laboratorio dijo:

—Contiene una radio de bolsillo. ¿Algo más?

—No, Perry, gracias —murmuró Gordon.

De nuevo los dos solos, Clem deshizo el paquete. Al quitar el papel quedó al descubierto la caja. Y dentro de ella, en efecto, una

pequeña radio, que Farish se quedó mirando.

—Demonios, úsala —mascullo Gordon—: para eso te la han enviado.

Clem Farish apretó el botón de llamada. Y tres o cuatro segundos más tarde, del aparato brotaba la voz de un hombre:

—Adelante: ¿qué?

—Soy Clem Farish —murmuró éste.

—Ah, señor Farish —la voz del hombre se animó—. Bueno, celebro que el muchacho haya sabido cumplir el encargo. Le hubiese llamado a usted por teléfono, pero entiendo que ahí disponen ustedes de un localizador inmediato de teléfonos que...

—¿Quién es usted y qué quiere?

—Llámeme Krak. ¿Qué quiero? Oh, vamos: el plan Alas de Oro, naturalmente.

Clem Farish casi no pudo contener el respingo de asombro mientras cambiaba una velocísima mirada con Gordon.

—¿El plan Alas de Oro? —repitió, con voz serena, normal—. Bueno, es como si me pidiese la luna, Krak. Yo soy un agente del FBI no el presidente de Estados Unidos.

—Entiendo. Pero, puesto que es un agente del FBI, no dudo que tendrá usted... cientos de recursos para conseguir una copia de ese plan y entregármela. ¡No hay nada que un agente del FBI no pueda conseguir, señor Farish!

—Le agradeceré que prescinda de ironías, Krak. Pero, vamos a suponer que, en efecto, todavía tengo acceso al plan Alas de Oro. Sí, supongámoslo. ¿Por qué tendría que facilitar a usted una copia?

—Porque tengo entendido que estima mucho al señor Amberson. Y no digamos a la señorita Thilford: la ama usted, según tengo entendido.

—¿Están los dos con usted?

—Sí. Y también tengo a la familia Braden, cosa que ustedes ya habrán supuesto, el doctor Braden, su encantadora esposa, y dos niños no menos encantadores.

—Ya... ¿Debo entender que si yo no le entrego el plan los va a matar... a los seis?

—Exactamente.

De nuevo estaba pálido Clem Farish. Péximo día aquél, ciertamente. Tragó saliva, mirando al no menos pálido inspector

Gordon, y susurró:

—¿Cómo puedo saber que esas seis personas están con usted... y que todavía están bien?

—Un momento, por favor.

Transcurrieron unos segundos, y, de pronto, del aparato brotó la voz de Rachel Thilford:

—¿Clem? Clem, ¿estás?

—Rachel... Rachel, ¿estás bien? ¿Está el profe contigo y la familia Braden?

—Sí... Sí, sí, sí... Clem, van a matarnos si no obtienen lo que quieren. ¡Pero no se lo des si crees que...!

—Cálmate. ¿Puedo hablar con mi profe?

—Oh, no... Está muy mal, Clem. Lo han golpeado y creo... creo que luego lo drogaron. Parece como hipnotizado o algo parecido... ¡Y lo han golpeado tanto, Clem!

—Rachel —la voz de Farish parecía a punto de quebrarse—: ¿qué pasó contigo? Tu portero me dijo que te habías ido con un hombre.

—Me engañó... Subió a mi apartamento, y me dijo que era del FBI, un compañero tuyo, y que tú lo enviabas para recogerme, que querías enviarme fuera de Miami, y que...

—Entiendo. Escucha, no hagas nada... No hagas nada, sólo cuidar a mi profe, ¿entiendes? No intentes ninguna otra cosa. ¿Cuántos de esos hombres hay ahí y dónde estáis? ¿Lo sabes?

La respuesta no fue de Rachel Thilford, sino de Krak.

—Suficiente, señor Farish —rió—. No quiera pasarse de listo. Bien: ¿qué me responde?

—No lo sé... Yo no puedo tomar esa clase de decisiones; lo siento, Krak.

—¿Quiere decir que tendrá que consultar con sus superiores?

—Claro... Claro, naturalmente.

—Farish —la voz de Krak pareció helarse de pronto—, le voy a decir una cosa: usted ya nos ha fastidiado bastante, así que, en esta ocasión, o hace lo que le digo, o le envío seis cadáveres. ¿Está bien claro?

—Me temo que sí.

—Bien. Mire, primero intentamos robar ese plan aprovechando una ausencia del señor Amberson, supongo que ya sabe eso. Luego,

el servicio de seguridad tomó cartas en el asunto, y ya no pudimos intentarlo de nuevo... en la casa. Pero, teníamos un plan estupendo para conseguir ese plan Alas de Oro; esperar el coche del señor Amberson, utilizar el camión... Todo eso. Sólo que, un día antes de la realización del plan, nos enteramos, ya demasiado tarde, de que dicho plan estaba llegando a Washington, y que el portafolios del señor Amberson estaría vacío. Tuvimos que hacer rapidísimas modificaciones en el plan para conseguir el Alas de Oro. Nos llevamos el portafolios para que estuviesen convencidos de que el hombre que tenían tan envuelto en vendas era, el señor Amberson... En fin, todo eso. Y todo iba bien. Conseguimos persuadir al señor Amberson para que nos dijese dónde tenía la copia del plan, y nuestro hombre hubiese escapado con esa copia si no hubiese sido por usted. Es decir, que por dos veces nos ha fastidiado, Farish. Pues bien: no nos fastidiará por tercera vez. ¿Sigue estando bien claro?

—Sí.

—Muy bien. ¿Va a entregarnos ese plan?

—No lo tengo yo...

—Consígalo.

—Pero... no es tan fácil... Deme tiempo, Krak.

—Me parece razonable. Son casi las doce... Bien, vamos a esperar hasta la noche. Pongamos, a las siete. Le diré lo que vamos a hacer: usted consigue el plan Alas de Oro, nos llama antes de las siete, y le daremos instrucciones, para su entrega. Mientras tanto, estas seis personas permanecerán con nosotros, y, señor Farish, si antes de las siete de esta tarde no tengo noticias de usted, estas personas se dormirán... para siempre. ¿Alguna duda?

—No... No.

—Adiós, señor Farish.

Clem abrió la boca, pero la comunicación había sido cortada. Cerró él también la radio, y se la guardó, lentamente. Luego, miró a Gordon, que movió la cabeza de nuevo.

—Mal asunto, muchacho...

—Sí, muy malo, señor —sonrió el

G-man

—, porque si no les entregamos el plan Alas de Oro, esas seis personas... se dormirán.

—Para siempre —parpadeó Gordon—. Demonios, Clem, juraría que estás sonriendo.

—Sí, señor —amplió su sonrisa Farish—, es verdad: estoy sonriendo.

—Ah. ¿Se te ha ocurrido algo?

—Algo muy bueno: les entregaremos el plan Alas de Oro.

—No es una decisión como para sonreír, me parece a mí.

—¿Recuerda que le dije que había algo... que me tenía preocupado, intrigado, desconcertado?

—Sí, sí. ¿Ya sabes lo que era?

—En efecto. Pero no quisiera equivocarme, desde luego. Supongo que habrán retirado ya de junto a la carretera el coche en el que viajaba mi profe. Sí... bueno, tenemos que enterarnos dónde está, e ir allá. Y necesitaré ayuda... Cuatro o cinco compañeros... Y posteriormente, si tenemos suerte todo el laboratorio para mí, con todo el personal. ¡Santo cielo, es todo muy fantástico, pero tiene que ser eso!

—Cuando me lo expliques, podré darte la razón, quizá.

—Busquemos ese coche, y por el camino le explicaré...

El coche fue localizado, naturalmente; tan sólo cuarenta minutos más tarde, el inspector Gordon y el agente especial Farish lo estaban contemplando, en el taller de reparaciones al que había sido remolcado por un coche de la Highway Patrol. Otros veinte minutos más tarde, llegaron seis agentes más del FBI, que escucharon las explicaciones de Gordon y Farish, y los ocho se pusieron a trabajar.

Poco después de las tres, el resultado de ese trabajo fue llevado a los laboratorios de la Delegación del FBI en Miami.

Y casi a las cinco, el jefe del laboratorio, Perry Saunders, aparecía en el despacho del inspector Gordon, en el cual esperaban éste, Clem Farish, y algunos agentes más.

—Sí, señor —dijo—. Clem tenía razón.

—Increíble —murmuró Gordon—. Aunque no demasiado, quizá. Sólo prueba que esa gente son auténticos profesionales, que trabajan muy bien... Es fácil comprender ahora que tengan tantos recursos, tantas ideas, material, nombres... Hombres bien entrenados, por supuesto. La pregunta, puesto que parecen norteamericanos, es ¿para qué servicio de espionaje están

trabajando?

—Espero que llegaremos a saberlo. ¿Está lista la grabadora, señor?

—Sí, Clem... Cuando quieras.

Gordon puso la grabadora en marcha, y colocó el micrófono cerca de Clem, que sacó la radio que le habían enviado por medio del pequeño Eddy. En el despacho del inspector del FBI se había podido oír el vuelo de una mosca.

Clem Farish efectuó la llamada.

—Adelante: ¿qué? —comenzó a grabarse la conversación.

—Krak, soy Farish. Lo he conseguido.

—¿De veras?

—Claro... De veras. ¿Qué le pasa?

—Nada. Espero que no esté intentando alguna jugada genial, Farish. Si lo hiciese, seguramente caeríamos algunos de nosotros, pero también de ustedes. Más seis personas, no lo olvide.

—Lo tengo bien presente, Krak. Si no fuese así, no estaría traicionando a mi jefe.

—¿Quiere decir que no le ha dicho lo que estamos... acordando?

—Si se lo hubiese dicho, usted jamás dispondría de este maldito plan.

—Entiendo... Bueno, ya sabe a lo que se expone si está dándoselas de listo. Y ahora, hablemos de la entrega. Dentro de diez minutos sale usted de...

—Imposible. Tiene que ser después de las ocho, Krak. Es mi hora habitual de abandonar el trabajo, normalmente. Y le aseguro que mi jefe no es tonto.

—Ya, ya. Bien, pues a las ocho. Veamos... Va a salir usted en coche de Miami, hacia el Norte, por la Nacional 1, hasta Boynton Beach exactamente. Una vez allá, gira hacia la izquierda por la Segunda Avenida...

—Espere, espere... Voy a buscar un mapa, Krak.

—Oh, está bien.

Clem extendió ante él el mapa que le tendió Gordon, localizó Boynton Beach, y murmuró:

—Vale, siga usted.

—Saldrá de Boynton Beach por la Segunda Avenida, hacia el Este, y después se desviará por Boynton Road. Entre este cruce y el

de Militar y Trail, hay otra carretera:

Lawrence Road, que cruza Boynton Road... ¿Visto?

—Desde luego. Estoy en el punto.

—Pues bien, como usted dice, ése es el punto; al llegar ahí, se desvía hacia Lawrence Road, y, después de recorrer tan sólo media milla, tira usted fuera del coche el plan Alas de Oro, en un portafolios. Luego, señor Farish, sigue su camino hacia el Norte, y ya, puede regresar a Miami cuando guste.

—Entendido. ¿Y el señor Amberson y mi prometida?

—Si usted no se las ha dado de listo en ningún sentido, ellos serán puestos en libertad esta misma noche.

—¿Quiere decir que no estarán allí cuando yo tire el portaf...?

—No diga tonterías. Primero quiero saber que lo que usted va a entregar es el plan que yo quiero. Y además, tener la certeza de que no instala una trampa el FBI. Piénselo: yo puedo perder un par de hombres, pero...

—Está bien, está bien... No tengo más remedio que aceptar, ¿verdad?

—En efecto. Pero no se preocupe, nosotros no somos asesinos. Es claro que si llega el momento, sabemos... reaccionar según manden las circunstancias, ya me entiende. Pero no tenemos por costumbre asesinar.

—¿Para quién trabaja usted, Krak?

—No sea estúpido. ¿Espera que se lo diga?

—¿Rusia?

—O China —rió Krak—. O Inglaterra, Francia, Luxemburgo, Chile, Vietnam, Kenia... Vamos, Farish, no me gusta hablar de tonterías. ¿Está todo entendido?

—Sí.

—Pues hasta nunca.

La comunicación fue cortada. La grabadora, detenida. Clem Farish miró su reloj, y dijo:

—Tenemos tiempo. Tiempo de sobra para todo...

CAPÍTULO IX

Debían ser las seis y media de la tarde cuando Janice Hilton oyó el timbre de la puerta de su apartamento. Salió de la cocina, donde estaba preparando su cena, y fue a abrir.

—Oh —se sorprendió—. ¡Oh!

—Buenas tardes, señorita Hilton —sonrió el visitante—. Soy el inspector Gordon: supongo que me recuerda.

—Sí, sí... Claro.

—¿Puedo pasar?

—Desde... desde luego...

Janice Hilton cerró la puerta cuando hubo entrado Gordon, y se quedó mirándolo, mientras él la contemplaba a su vez, amablemente. La señorita Hilton llevaba una bonita bata, pero, ciertamente, como dice el refrán, aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

—Espero no molestarla demasiado —dijo Gordon—. Sólo serán unos minutos. ¿Puede atenderme?

—Sí, sí... ¿De qué se trata?

El inspector del FBI abrió el portafolios, y sacó una pequeña grabadora a pilas.

—Me gustaría que escuchase usted una grabación. Cuanto antes empecemos, antes terminaré de molestarla... Caramba, ¡qué bien huele aquí!

—Estoy... preparando mi cena... Si gusta...

—De buena gana aceptaría, pero, lamentablemente, tengo mucho trabajo. ¿Puedo sentarme?

—Se lo ruego.

Gordon ocupó un sillón, colocando cuidadosamente la chaqueta, alisándola por la espalda, para que no se arrugase. Luego, colocó la grabadora sobre sus rodillas, y la puso en marcha.

—Por favor, escuche atentamente.

La audición comenzó:

—Adelante: ¿qué?

—Krak, soy Farish. Lo he conseguido.

—¿De veras?

—Claro... De veras. ¿Qué le pasa?

—Nada. Nada. Espero que no esté intentando alguna jugada genial. Farish. Si lo hiciese, seguramente caeríamos algunos de nosotros, pero...

La grabación continuó, mientras Gordon hacía un gesto a Janice Hilton, que parecía dispuesta a decir algo. La secretaria permaneció callada, y, por fin, el inspector del FBI, después de oírse la frase «pues hasta nunca», detuvo la grabadora.

—No se precipite —dijo—. Pero dígame: ¿ha reconocido esta voz?

—Sí... ¡Es la del hombre que estuvo llamando a la casa del señor Amberson, el que dijo que iba a bombardear!

—Ajá. Como usted sabe, el agente Farish también escuchó esta voz, y, naturalmente, durante la conversación con este hombre, y otra que tuvo anteriormente, la identificó. Pero, hemos querido asegurarnos por medio de usted.

—Sí, sí, es la misma.

—Bien... En realidad, conociendo a Farish, esta comprobación era innecesaria, pero, hay algo que Clem Farish no puede hacer, y usted sí, señorita Hilton.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo?

—Usted lleva dos años trabajando con el señor Amberson, ¿no es así? Pues bien, nosotros tenemos la sospecha... la esperanza más bien, de que el hombre poseedor de esta voz puede haber estado alguna vez allá, o haber tenido alguna clase de relación con el señor Amberson.

—Pero yo ya dije que no reconocí la voz de ese hombre.

—Lo sé, lo sé. Pero la memoria es una cosa en verdad curiosa. Por ejemplo, el otro día, sin venir a cuento me acordé de pronto de algo que me había ocurrido cuando era niño. Fíjese bien lo que digo: algo que me ocurrió cuando era niño —Gordon sonrió—. Y le aseguro que hace algunos años de eso. Sí, la memoria es una cosa muy seria. Y nosotros vamos a intentar utilizar la suya, señorita Hilton.

—Pero no comprendo...

—Le voy a dejar aquí la grabadora. No se apresure, no se ponga nerviosa, no se crea obligada a hacer milagros... Pero, de cuando en cuando, ponga usted en marcha el aparatito, y escuche esa voz. Puede que en algún momento se dispare cierto mecanismo de su memoria, ¿comprende?

—Bueno, sí... Lo haré, desde luego.

—Muchas gracias. Como habrá comprendido, estamos a punto de recuperar al señor Amberson, a la señorita Thilford y a la familia Braden así que...

—Pe-pero... usted, o sea, el señor Farish, le... le ha mentido a este hombre, porque le... le ha dicho que usted no sabía nada de esto...

—Un agente del FBI, señorita Hilton, no puede tomar una decisión como ésta por sí solo, así que, en efecto, Clem ha mentido a este sujeto; pero sólo en parte. Nosotros estamos dispuestos a entregar realmente, una copia del plan Alas de Oro a cambio de esas seis vidas, pero... no nos resignamos a que esa gente escape con esa copia. Vamos a jugar limpio con ellos: Clem irá al sitio convenido, tirará el portafolios fuera del coche... Todo. Sin trampas, de verdad. Pero, claro, una vez hayamos recuperado a esas seis personas, vamos a movilizar todo: aeropuertos, carreteras, muelles, toda la costa, estableceremos vigilancia aérea... Supongo que el tal Krak tendrá previsto esto, pero no podemos cruzarnos de brazos, ¿no le parece?

—Sí... Claro, sí.

—Y aparte de eso, tenemos la esperanza de que su memoria funcione en cualquier momento. Todo muy difícil, incluso diría que improbable, pero no podemos desperdiciar ni la más pequeña oportunidad. En fin, no la molesto más —Gordon se quedó en pie, olfateó con gesto simpático, y sonrió—. Caracoles, si yo fuese más joven, me las arreglaría para que me invitase usted a cenar con frecuencia.

—¿Y para eso ha de ser más joven? —se sorprendió Janice.

—No creo que a usted le gustase verme después tomando bicarbonato a cucharadas —rió el inspector del FBI, tendiendo la mano—. Adiós, Señorita Hilton, y muchas gracias. Por favor, no deje de prestar atención a esa voz, de pensar... ¿Lo hará?

—Sí, señor, sí.

—Adiós.

Segundos después, Janice Hilton cerraba la puerta, regresaba al saloncito, y tras recuperar la cinta, ponía en marcha la grabadora... mientras una dulce sonrisa iba apareciendo en sus labios. Escuchó completa toda la grabación, detuvo la grabadora, y fue a la cocina, para atender su cena.

A las siete y cuarto había terminado no sólo de cenar, sino que la cocina volvía a estar en perfecto orden. Se vistió para salir, se miró al espejo, pareció perpleja, y acabó sonriendo de un modo en verdad dulce, que casi la hizo parecer bonita.

—Lo voy a llamar —se dijo.

Y en efecto, fue al teléfono, marcó un número, y cuando le contestaron dijo:

—Soy Janice: quiero hablar con Daniel.

—¿...?

—Sólo con él.

—Está bien. Dígale que lo espero donde siempre. Hace muchos días que no le veo, y... y no puedo resistirlo. Dígaselo así. Le espero. Y además, tengo algo importante. Y está relacionado con la recogida del plan Alas de Oro.

—¿...?

—Se lo diré a él. Lo espero donde siempre.

Colgó, entornó los ojos, y suspiró profundamente. Sí... Daniel acudiría, como siempre.

Salió del apartamento, y poco después, en su coche, se dirigía hacia el motel donde siempre se veía con Daniel, donde tan feliz había sido con su amado Daniel, con su marido...

Llegó al motel, sito en North Miami Beach, antes de media hora; y, con el nombre de señora Bowman, como siempre, alquiló una cabaña. Una vez en ésta sacó del bolso la grabadora que le había entregado el inspector Gordon, la dejó sobre la cama, y del bolso sacó también una encantadora camisita de dormir... Se desnudó completamente, se puso la camisita, y fue a mirarse al espejo. De nuevo pareció perpleja, pero se dijo, convenciéndose a sí misma, como otras veces:

—No importa... A él le gusto...

Del bolso sacó una botellita de perfume y se puso un poco, unos

toquecitos en la garganta...

En aquel mismo instante sonó la llamada a la puerta de la cabaña... Y el corazón de Janice Hilton comenzó a latir con una fuerza terrible, y pareció llegar a su garganta, ocupar todo su cuerpo, hasta casi estallar.

Se acercó a la puerta, y musitó:

—¿Eres tú?

—Abre, querida.

Janice abrió la puerta con el gesto grandioso de quien parece abrir su corazón, y el hombre entró. Un sujeto alto, de largos cabellos, barbudo... Pero se quitó rápidamente la peluca y la barba, tirándolas a un lado, y apareciendo tal cual era en realidad: un hombre de unos treinta y cinco años, de cabellos rubios bien recortados, rostro viril, atractivo... Extraordinariamente atractivo, ojos grandes, amables, sonrientes...

—Daniel —gimió ella—. ¡Daniel, Daniel, Dani...! Él la abrazó, y la besó en los labios. Para Janice Hilton, el mundo dejó de existir en aquel mismo instante. Quedó como desfallecida en brazos de su marido, recibiendo el profundo beso, que, como siempre, la transportaba a regiones que jamás hubiese creído que existiesen para ella. Por fin, él dejó de besarla, y la miró con amable reproche:

—Amor mío —la regañó dulcemente—. Sabes muy bien que no debíamos vernos hasta que yo te avisase.

—Tenía que verte... ¡Deseaba tanto verte, volver a estar en tus brazos! Pero no te enfades, habría podido esperar más. Es que tengo algo que decirte, algo que quiero que oigas... Estuvo en mi apartamento el inspector Gordon, del FBI, y me...

Se lo explicó todo, y luego puso en marcha la grabadora. Daniel Bowman la sentó en sus rodillas, y ambos permanecieron en silencio, escuchando. La grabación terminó, y Daniel la paró.

—¿Estás segura de que dijo que iban a jugar limpio en la entrega del plan Alas de Oro?

—Sí, sí... Pero ya ves, están esperando que esas personas queden libres para buscarlos, lo vigilarán todo...

—Eso no debe preocuparte, mi amor.

—¡Tengo miedo por ti!

—Tranquilízate.

—Daniel... Daniel, ¿lo hice todo bien, estás contento de mí?

—Por supuesto —la besó el guapo sujeto en los labios—. Y fue una lástima que ese agente del FBI descubriese la suplantación de Douglas Amberson. Si no, hubiese sido por eso, el asunto habría terminado. Y aún hubiese sido más fácil si hubieses podido avisarnos que Farish salía hacia Washington con el plan. A un hombre sólo lo habríamos cazado con facilidad.

—Pero no pude, Daniel... El señor Amberson me hizo quedarme con él, pues como iba a estar unos días fuera quería dejarme trabajo suficiente. ¡Cuándo pude llamarte, Farish ya debía estar llegando a Washington! Pero hice lo del coche, tal como me dijiste... ¡Me llevé un susto! A última hora me dijeron que si quería podía quedarme en la casa, no ir con ellos al aeropuerto... ¡Y entonces no hubiese podido romper la ampolla de cristal que me diste, y no se habrían quedado dormidos! Daniel, qué miedo pasé cuando apareció el camión...

—Ya te dije que no sufrirías grandes daños, y tú menos, si ibas en el asiento de atrás. ¿Cómo rompiste la ampolla de gas narcótico?

—Con las rodillas —rió jubilosamente Janice—. Me la puse en esta rodilla, con un poco de esparadrapo, y cuando estábamos a punto de chocar, junté las rodillas, y la ampolla se rompió.

—Fuiste muy valiente —susurró Daniel Bowman.

—Mira —se señaló ella una rodilla—: aún tengo unos pequeños cortes que me hizo la ampolla cuando la rompí... ¡Oh, no sé cómo pude hacerlo, tenía un miedo terrible! Pero pensé en ti, en que tú me lo habías pedido. ¡Y lo hice! Daniel —lo miró con ojos muy brillantes—. Nos encontrasteis a todos dormidos, ¿verdad?

—Claro —se sorprendió él—. Para eso era la ampolla de gas, querida.

—¿Y... qué hiciste al verme dormida?

—Ante todo, me aseguré de que estabas bien. Luego, te besé, recogimos el portafolios, y nos fuimos todos.

—¡Me besaste!

—Como ahora —Daniel la besó en los labios de nuevo, tan suavemente que Janice gimió, cerró los ojos—. Pero la verdad es que no podíamos entretenernos, mi amor. Dime: ¿Estás segura de que no desconfían de ti?

—Segura.

—Janice: ni el servicio de seguridad ni el FBI son fáciles de

engañar. Quizá te vieron hacer algo... Estoy pensando que quizá te vieron cuando recogiste la copia del Alas de Oro en la biblioteca, y no te han dicho nada esperando seguirte para...

—No, no, no, Daniel, no... Primero llamaste tú, y me dijiste que habías conseguido que el señor Amberson te dijera dónde estaba la copia del plan Alas de Oro, metido en la encuadernación del libro América. Años

1000-1500.

Esperé a estar sola allí, cogí la copia y subí a colocársela a tu amigo dentro del vendaje de la mano izquierda. Luego, cuando volviste a llamar, te dijo «Oh, Dios mío», y tú sabías que eso quería decir que podíais venir a buscar a tu amigo, que ya tenía el plan Alas de Oro. Todos estaban muy preocupados por eso del bombardeo de la casa, pero yo no, porque sabía que era sólo para que les pareciese buena la idea de llevarse a tu amigo cuando llegase el médico... Daniel, lo hice todo tal como me pediste, lo hice todo bien, amor mío...

Él asintió con la cabeza, sacó una radio, y llamó:

—¿Sí? —preguntaron.

—Soy yo. El FBI va a jugar limpio con respecto a la entrega, así que recoged el portafolios y reuniros conmigo en la casa, para ultimar los detalles para separarnos. Tened cuidado, de todos modos.

—Está bien. ¿Algo más?

—No... Es decir, sí, pero ya sabíamos eso: el FBI va a vigilar todas las salidas y demás precauciones.

—¡Bah!

—Os espero en la casa —sonrió Daniel.

Cerró la radio, se la guardó, y miró cariñosamente a Janice.

—Bien, querida...

—Daniel... Daniel, ¿estás contento de mí?

—Por supuesto, Janice, querida.

—Yo... Yo sé que lo que he hecho no está bien,
pe-pero

cuando... cuando te conocí... Oh, Daniel, me sentía tan sola... Me miraba al espejo, y me miro aún, y me sorprende... Sé que no soy bonita, pero llegaste tú, te casaste conmigo...

—¿Se lo has dicho a alguien? —se alarmó él.

—¡No! —rió Janice—. Tú me pediste que nos casásemos en

secreto, y... y de verdad te casaste conmigo... A veces pienso que sólo lo hiciste para que cuando llegase el momento te ayudase a hacer todo esto, pero no... No ha sido por eso, ¿verdad?

—Sí —sonrió él.

—¿Qué...?

—Pues, Janice, querida, te estoy diciendo que sí, que me casé contigo sólo para que cuando llegase el momento hicieses todo lo que yo te pidiera.

—Estás... estás bromeando...

—No, no. Ni siquiera me llamo Daniel Bowman. Y en cuanto a nuestra boda, fue una divertida comedia. El hombre que nos casó era un amigo mío, y, por supuesto, no tenía poder alguno para celebrar matrimonios.

—Pe-pero... nos hemos visto aquí varias veces, y... y nos hemos amado, y me... me has...

—Todo eso que has ganado, mi amor. ¡Vamos, Janice! Tu espejo no te mentía, querida: eres fea, torpe, sin gracia... Yo soy un año más joven que tú, y creo ser apuesto... ¡Maldita sea mi estampa! ¿Cómo podías creer que ibas a conseguir el amor de un hombre como yo, cotona desgredada? Lo único que yo quería de ti era tu ayuda, tus informes, para conseguir el Alas de Oro. Y lo tendré dentro de poco, así que estoy pensando que ya no te necesito para nada. ¿Lo entiendes?

—Daniel —gimió ella—. Daniel, no, no, no, no...

—Eres una pobrecita estúpida, el patito feo de verdad, que ha vivido un sueño —sonrió Daniel, acariciándole suavemente el pecho—. Un sueño de amor de cuya sinceridad por tu parte no se puede dudar... Has hecho por mí todo lo que te he pedido. Y estoy seguro de que si te hubiese pedido que matases a alguien también me habrías obedecido... ¿verdad?

—Sí... Sí, Daniel...

—Pobrecita estúpida... Pero, son cosas del espionaje. Lo siento, querida, pero ahora tengo que matarte. Y luego tendré que matar a los demás, al señor Amberson, a los Braden, a esa chica, la novia de Farish... A todos los que nos han visto a mí y a mis amigos. Seguiremos operando aquí, bien pagados, y por tanto no podemos dejar ningún rastro, ninguno... Ni siquiera, tú, amor mío.

—No es verdad... ¡No es verdad! ¡Me amas, me has amado, yo lo

sé! Me... me estás... gastando una broma cruel.

—No, Janice. De verdad que no. Tengo que matarte. Luego me pondré la peluca, me iré, y la policía buscará al señor Bowman.

—Daniel, no es verdad, no es verdad...

Pero Daniel Bowman sacó su pistola, provista de silenciador, y apoyó el extremo de éste en el vientre de Janice, que palideció aún más, quedó rígida, helada. Sí... Estaba mirando fijamente los hermosos y dulces ojos de Daniel, pero ahora no sentía aquel grato calor, aquella dulzura que había llenado de felicidad su vida desde hacía tres meses, cuando conoció a Daniel, al salir de un cine, y tropezaron, y él la sujetó por una mano, sonriendo... No sentía aquel calor, sino un frío denso, total, que estaba congelando su cuerpo...

Plop, sonó apagadamente la pistola.

Janice Hilton lanzó un alarido, pareció saltar de las rodillas de Daniel, en una asombrosa pirueta. Cayó un metro más allá, de lado, y giró, se volvió, forzó el cuello, y sus ojos miraron fijamente a su marido, que la estaba apuntando, fríamente, inescrutablemente el rostro.

Y en aquel mismo instante, la puerta de la cabaña se abrió, fuertemente, violentamente.

Daniel Bowman se puso en pie de un salto, desencajado el rostro por la sorpresa, por el sobresalto. Sus desorbitados ojos vieron a Clem Farish, que entraba dando tropezones, y desvió el arma hacia él rápidamente.

Plop, chascó de nuevo su pistola.

Pero, Clem Farish había seguido el impulso de su perdido equilibrio, tirándose al suelo, más adelante y de lado, de modo que pudo apuntar y disparar contra Daniel Bowman, al mismo tiempo que, desde la puerta, lo hacían el inspector Gordon y otro agente del FBI de modo que Bowman recibió tres balazos a la vez, uno en la cabeza y dos en el pecho, y saltó con una fuerza inaudita, y cayó de cabeza casi en la entrada del dormitorio.

Clem Farish se guardó rápidamente la pistola, y corrió junto a Janice Hilton, se arrodilló a su lado, y la alzó suavemente como si quisiera abrazarla.

—Señorita Hilton —musitó—. Por Dios, no creíamos que esto fuese a ocurrir... Ha sido al oír su grito cuando...

—Los... los quieren... matar a todos —jadeó Janice—. Me lo ha dicho Daniel, los... los quieren matar a todos...

El inspector Gordon se arrodilló ante ellos, vio la herida, el camisoncito transparente manchado de sangre, y se mordió los labios.

—Janice —decía Farish—, ¿dónde están? Tenemos que localizarlos cuanto antes.

—¿Cómo... cómo han podido saber que yo... vendría aquí?

—La visita del inspector fue una trampa. Le puso un micrófono en el sillón, oímos su conversación por teléfono, y luego la hemos seguido, pero a distancia, porque también le habíamos puesto un pequeño emisor de señales en su coche. Hemos llegado a tiempo de verla entrar en esta cabaña, y luego lo hemos visto entrar a él. Por su llamada, que quedó grabada, están buscando el número de teléfono, guiados por el girar del disco. Luego, tendrán que saber adónde pertenece ese número... Janice, quizá lleguemos tarde si usted no nos dice dónde están todos. Por favor, Janice...

—No lo sé... No... lo sé, yo solo... sólo llamaba a ese número, y... y decía lo qu...

—Janice, díganos aunque sólo sea el número.

—El número... El número... Ustedes... ustedes han matado a Daniel, a mi... a mi marido, a mi... M-MI... mi Daniel...

—¡Van a matar a seis personas! —gritó Clem Farish.

—Él me engañó... Al salir del cine lo vi, cuando... y él dijo... amor... y en el matrimonio... quería sólo utilizarme, en sus planes para robar... Alas de Oro... señora Bowman, y era mentira, no se llama... mentira, no amor... no amor...

—Janice, por el amor de Dios...

—Ha muerto, Clem —dijo Gordon.

El

G-man

se quedó mirando los muy abiertos ojos de Janice Hilton, fijos, vidriosos. La dejó suavemente en el suelo, y fue a dejarse caer en un sillón... No llegarían a tiempo. Seguramente, los hombres que retenían a Rachel y a los demás debían estar esperando noticias del tal Daniel Bowman, y si tardaban mucho en recibirlas...

Había tardado demasiado en encontrar aquello que desde el primer momento lo había desasosegado: el hecho de que, en un

choque de un coche contra un camión, cinco personas cuyas heridas habían sido leves, hubiesen perdido el conocimiento. Todos. Los cinco. No era normal en un choque tan amortiguado: alguien tenía que haber conservado el conocimiento... Y si no fue así, tuvo que ser porque fueron anestesiados.

Exceptuando a su profesor de historia, podía haber sido cualquiera. Overbeck, Hormon, Donohue o Janice Hilton. Pero la eliminación de sospechosos fue rápida, no sólo por la supuesta integridad de los empleados del servicio de seguridad, sino porque luego, cuando ninguno de éstos podía ya hacer nada, porque estaban en un hospital, el hombre que había usurpado la personalidad de Douglas Amberson había recibido la copia del plan Alas de Oro. Sí, alguien la había puesto dentro del vendaje de su mano izquierda. No había podido ser él, porque con las manos vendadas era imposible que hubiese podido manipular nada.

Y entonces, sólo había quedado como sospechosa Janice Hilton, que había hablado con aquel sujeto, que sólo quería tratar con ella. ¿Para qué, por qué? Para decirle dónde estaba la copia, después de obligar a Amberson a decirlo. Janice recoge la copia, la coloca en el vendaje del falso Amberson, y cuando el otro llama, se lo hace entender: todo está listo, pueden llevarse al herido, todo ha salido perfectamente.

Excepto la desconfianza de Rachel Thilford hacia un médico que no, conoce la técnica de los vendajes...

Excepto la renuncia inconsciente de él a admitir que cinco personas pierden el conocimiento en un choque de escasa potencia. Y luego, cuando entre él y sus compañeros habían recogido todos los diminutos trozos de cristal que quedaban en el coche, y los llevaron al laboratorio, y Perry Saunders les dijo que, en efecto, entre aquellos cristales de ventanilla de coche había restos diminutos de otra clase de cristal, más finos... Alguien había roto una capsulita de narcótico dentro del coche... ¿Quién?: Janice Hilton. Sólo podía ser Janice Hilton...

—Inspector Gordon —oyó.

El

G-man

alzó vivamente la cabeza, y vio a su jefe con la radio de bolsillo en la mano. Y de la radio brotó la voz:

—Señor, hemos localizado el teléfono, al que llamó la secretaria:
es al HA
4-9387.

Dirección: 1114, West 33rd Street, Hialeah, a nombre de un tal
Molloy, Edmund.

—De acuerdo —Gordon se guardó la radio—. ¡Griffin, quédate
aquí y ocúpate de todo esto! ¡Los demás, a los coches! ¡Vamos a
demostrarles a esos...!

—Si llegamos allá en plan de guerra, señor, las cosas pueden
complicarse —murmuró Clem, ya a su lado—. Creo que deberíamos
intentarlo de otro modo.

—¿De qué otro modo?

—No perdemos nada si lo intento yo primero, discretamente.
Siempre estaremos a tiempo de atacar en serio, en grupo. Pero sería
mejor hacer las cosas de tal modo que cuando esa gente fuese a
darse cuenta ya no tuviesen escapatoria. Porque si se dan cuenta de
que los tenemos acorralados, lo primero que harán será matar a
esas seis personas, o utilizarlas como rehenes para escapar,
amenazándonos con matarlas.

—Bien... ¿qué sugieres exactamente?

—Pues tenemos ahí fuera el coche en el que llego este tipo, así
que...

CAPÍTULO X

Standish, que estaba mirando por la ventana, dijo:

—Ahí viene el guapo Daniel Bowman —y sonrió.

Brighman y Leory lo miraron un instante, y luego volvieron a mirar a los prisioneros. Los niños de los Braden estaban dormidos en el sofá, entre sus padres, el doctor Braden y señora, que estaban pálidos, demacrados, Douglas Amberson, con la cara visiblemente señalada por numerosos golpes, y expresión ausente, estaba en un sillón. De pie junto a él, Rachel Thilford, que en aquel momento le ponía una mano en la frente.

—¿Viene solo, o acompañado? —preguntó Leory.

—No sé, lleva las luces de cruce... ¿Qué le pasa? ¿Por qué no entra en el garaje? Me está deslumbrando, no veo...

—Quiere entrar en el garaje, y se debe haber estropeado el control a distancia —bostezó Brighman—. Ve a abrirle. Y ya sólo faltan Hangman y Oliver para largamos... ¿Qué esperas?

—Voy —dijo Standish.

Salió de la casa, bajó del porche, y se desplazó hacia la izquierda, hacia el garaje. Alzó la gran puerta de una sola pieza, y se volvió, haciendo señas al conductor del coche. El coche entró en el jardín, rodó suavemente, entró en el garaje... Standish caminó hacia la portezuela, la abrió, y comenzó a decir:

—No tenemos not...

Al mismo tiempo que veía el rostro de Clem Farish recibía en pleno estómago un puñetazo terrorífico, que lo dejó sin aliento, lívido, y comenzó a caer hacia delante... Farish le descargó otro golpe, ahora con el canto de la mano, detrás de la oreja izquierda, y Standish fue hacia atrás, girando, se dio de cara contra la pared, y cayó de espaldas. Ya no se movió.

El

G-man

sacó la radio de bolsillo, pulsó el botón de contacto, y susurró:

—Uno en el garaje.

—Bien.

Guardó la radio, apagó todas las luces del coche, y salió del garaje, tranquilamente, caminando hacia la casa. Subió al porche, y tocó la puerta suavemente. Magnífico. Se cumplía su esperanza de que aquel sujeto la hubiese dejado abierta.

Sacó la pistola, empujó la puerta, y entró. Cruzó el vestíbulo, hacia la iluminada sala, que estaba a la izquierda. No hizo nada por evitar el sonido de sus pasos; al contrario, hizo lo posible para que se oyeran.

Así que cuando entraba en la sala, no había ocasionado la menor alarma. Leory y Brighman miraban hacia allá, indiferentes.

Su reacción fue más bien cómica al ver aparecer a Clem Farish. Pegaron un salto, sus ojos se abrieron mucho, Leory lanzó un chillido agudísimo. Hasta aquí lo cómico, porque sin transición, velozmente, ambos llevaron sus manos en dirección al sobaco izquierdo.

Plop, chascó la pistola de Daniel Bowman, en la mano del agente del FBI.

Leory lanzó otro chillido, mientras saltaba hacia atrás, con una bala en el corazón, que le hizo enmudecer rápidamente. Brighman llegó a sacar la pistola, quiso apuntar con ella a Farish, y éste volvió a disparar... La pistola saltó de la mano de Brighman, junto con tres dedos, y tras un alarido más fuerte que el de su compañero Leory, se quedó mirando con expresión desorbitada a Olean.

—Allí —dijo—, cara a la pared, las manos en alto, estirados los brazos...

Brighman pareció volverse loco. Volvió a gritar, y de pronto, echó a correr hacia la ventana que daba al jardín. Por un instante, el

G-man

se desconcertó... y cuando alzó la pistola para apuntar a Brighman éste chocaba ya contra la ventana, tras el formidable salto, llevándose por delante los cristales... Farish se quedó inmóvil, fría la expresión. Y sus labios se plegaron en una mueca dura cuando afuera se oyeron nítidamente, los estampidos de varios disparos.

Miró a Rachel, que le contemplaba como si fuese un fantasma.

—¿Queda alguno más en la casa? —preguntó.

Ella movió la cabeza. Fue todo lo que pudo hacer. Clem se acercó al interruptor de la luz, y la apagó y la encendió dos veces. Mientras tanto, los niños Braden se habían despertado, y estaban llorando a todo pulmón, cada uno de ellos consolado por uno de sus progenitores.

Farish llegó ante Rachel, y le dio un pellizco en la barbilla.

—¿Qué tal, guapa? —Intentó bromear, con voz tensa.

—¡Oh, Clem!

Todavía estaban abrazados cuando apareció el inspector Gordon precedido de varios agentes del FBI, que se desparramaron por la casa inmediatamente. Gordon se acercó a los Braden, interesándose por su estado. Y Clem Farish se inclinó hacia Douglas Amberson, que lo miró inexpresivamente. El

G-man

se estremeció al ver aquellos ojos apagados, aquella expresión rayana en la estupidez, los golpes en todo el rostro, la cabeza, las manos...

—¿Qué tal, profe? —Quiso de nuevo mostrarse jovial—. ¿Me reconoce?

Douglas Amberson fijó sus ojos apagados en el rostro que tenía delante, y un destello pasó por ellos.

—Clem... Clemens T. Farish —susurró—. Dígame... inmediatamente la fecha... de la Independencia de Estados... Unidos...

—Cuatro de julio, profe —sonrió Clem.

EPÍLOGO

Douglas Amberson, sentado en un sillón colocado en el jardín de atrás, asintió con la cabeza, y suspiró profundamente.

—¿Y los dos que fueron, a recoger el plan? —preguntó.

—Los esperamos en la casa y los cazamos como a conejos. Los muy estúpidos llegaban tan contentos, con su portafolios en el que sólo había un papelote largo y estrecho... escrito en griego, eso sí.

—¿Les habéis sacado ya para quién trabajan?

—Aún no, pero ya están muy maduros... Es una lástima que yo no estaré aquí para asistir a esa revelación, profe. ¿Le he dicho ya que nos vamos de viaje de luna de miel?

Amberson, cuyo aspecto había mejorado notablemente en aquellos cinco días, y, por supuesto, volvía a tener en sus ojos el destello de gran inteligencia que todos le reconocían, asintió con otro gesto de cabeza.

—Sí, me lo habéis dicho. Pero, además, como te conozco muy bien, sabía que te casarías el día que dijiste. Así que os tengo preparado un estupendo regalo. Estupendísimo. Dime qué es lo que más deseas en el mundo en este momento, Clem.

—Saber en qué consiste el plan Alas de Oro.

Amberson sonrió, metió dos dedos de su mano derecha en un bolsillo del elegante batín, y sacó un papel doblado, que tendió al agente del FBI, el cual se apresuró a tomarlo. Rachel se inclinó, para leerlo al mismo tiempo.

Decía:

«TOP SECRET.

»El plan Alas de Oro es el estudio de una determinada actitud política, económica y militar de los Estados Unidos de América con respecto a los países

productores de petróleo en todo el mundo, con el fin de asegurarse durante los próximos cinco años el suministro que precisa el país. El conocimiento de esta actitud política por parte de servicios secretos de otros países podría ocasionar maniobras de dicho países que entorpecerían la consecución de ese propósito del gobierno norteamericano. Firmado: Douglas Amberson. TOP SECRET».

—Pero... ¡esto quiere decir que usted sabía que Clem le iba a pedir precisamente esto, profe!

—¿El qué? —Se mostró sorprendido Amberson, como si acabase de bajar de la luna.

—Pues esto del plan Alas de Oro qué... ¿Qué haces, Clem?

El

G-man,

que acababa de prender fuego al papel, aplicó la llama a un cigarrillo, lo prendió, esperó a que el papel se quemase, y dejó caer las cenizas.

—Pues ya lo ves —dijo—: fumo. ¿Quieres?

—No... Bueno, el plan Alas de Oro que...

—El plan... ¿qué? —Bajó también de la luna Clem Farish.

—El plan que el prof... ¡Oh...! ¡Oh! —Rachel Thilford sonrió deliciosamente—. ¿De qué estábamos hablando?

—Del viaje de luna de miel que vais a hacer —dijo reposadamente Amberson—. Y de mi regalo de bodas.

—Ah, no —respingó Farish—. ¡No necesitamos todavía zapatillas caseras, profe! ¡Estaría bueno, a nuestra edad! ¡Nada de eso! Y no insista, porque le aseguro que no pensamos aceptarlo de ninguna manera... Ya nos compraremos nosotros unas zapatillas cuando seamos viejecitos, qué demonios... ¡Que no, vamos!

—Está bien, está bien —alzó las manos Amberson—. Pero algo tengo que regalaros, ¿no te parece? Algo que... Bueno, Clem, ya sabes cuánto te aprecio, muchacho, y... Vaya, me gustaría regalaros algo que fuese un verdadero recuerdo mío, algo que os impulsase a recordarme... Perdona a este pobre viejo, pero...

—Oh, pero si le comprendemos muy bien —sonrió Rachel—. Y estamos de acuerdo. ¿Verdad, Clem?

—Claro —asintió éste—. Vaya pensando en algo para cuando

volvamos, profe.

—¿Y por qué esperar? —sonrió Amberson—. Ya lo tengo pensado: os regalaré un libro de historia que...

Clem Farish palideció intensamente, y gritó:

—¡Vengan esas zapatillas, profe!

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

